COMEDIA,

LA MADRE ENGAÑADA.

TRADUCIDA AL ESPAñOL.

ACTORES.

La Sultana Zoema. Viuda del Califa, ò bien Principe de Egipto.
Gemira su hija.
Amurates Baxá de Creta, Galán.
Aladino joven, supuesto hijo de la Sultana.
Orefisa hija de Amurates.
Nerostán Barba, Visir de Egipto, y verdadero Padre de Aladino.
Machmut su confidente.
Giuriel creido Padre de Gemira.
Dadian confidente de Aladino.
Selimo confidente de Amurates.

La Scena es en Alexandria, y sus contornos.

ACTO I.

Playa con una cabaña à un lado cubierta de paja; su puerta ha de estar abierta, pero capaz de poder cerrarse. Al levantar el telon suenan truenos, relampagos, y tempestad de mar, donde se vé una nave naufragando que se rompe à la vista, cayendo de ella varias personas que fluctuan; entre las quales Gemira sola, nadando arriba à la tierra, donde se sienta fatigada, y semiviva sobre un peñasco opuesto à dicha cabaña, y despues de un breve silencio dice:

Gemir. ¿EStoy yo viva, ò deliro?
¿Fluctúo aun entre las ondas,
ò con el húmedo pie,
piso la playa arenosa,
y sirve apoyo una peña
à la anhelante congoxa
de la agitacion que en mi
timido el corazon forma?
Esas que veo nadar
dispersas entre las olas,
ah! demasiado son velas
destrozadas, xarcias rotas,
remos, y entenas partidas,
miseros restos que sobran
à la impiedad de un naufragio!
Oh! quantas tristes personas
moribundas! ¡Quanto susto,
y horror! Estrellas piadosas,
bastante me habeis vengado
de esa exêcrable, traidora
nave, y de sus mal nacidos
marineros, cuya sorda
violencia pudo arrancarme
de mi Cretense, amorosa,
playa materna sin que
sepa el motivo hasta ahora!
¿Mas por qué, estrellas injustas,
en tan horrible derrota
ha de perecer tambien
con los viles que la roban
una muger inocente?
¿Donde estoy? ¿Sobre que ignota
arena me deposita
el mar? ¿Son estos ahora,
los dulces frutos de amor,
que dentro de breves horas
me prometia Himeneo?
¿Donde buscaré afanosa
recobro, y piedad? Temblando
de frio, rendida, sola,
mal enjutos los ropages,
y entre las confusas sombras
de la procelosa noche,

¿donde irá mi planta absorta ?
¿Que he de hacer ? ¿De quien no temo?..
Vé aqui abierta inculta choza
casi arruinada. Nó véo
en ella quien me socorra :
solo en verde leña miro
una llama perezosa ,
que quasi apagada vive.
Algun Pastor (quien lo ignora ?)
le encendió por refrigerio
en noche tan temerosa ,
y le dexó al estinguirse.
Enjuga almenos mis ropas ,
piadosa ceniza : tú ,
dame alvergue en que me esconda ,
ruda cabaña , à los ojos
de quien curse estas remotas
sendas. Arboles , peñascos ,
ondas tristes , altas rocas ,
vosotros , aunque incapaces
de piedad ; mientras se oiga
el rumor de mis suspiros ,
no digais que mis zozobras
en ese centro me ocultan ,
mas quando triste y ansiosa
me haya dado muerte el llanto ,
decid en clausulas roncas ;
Aqui yace infeliz juego
de la fortuna , y las ondas ,
una amante despechada ,
pero leal, y amorosa. *se encierra en ella.*
adino dentro de una gran barca à quatro remos.

Aladino. A tierra , amigos , à tierra ;
y abandonese al arbitrio
*Al*del agua ese destrozado
leño. Contra el mar , que altivo
insulta aun à las estrellas ,
no vale humano artificio ,
ni sufren leyes los vientos.
Bastante se ha conseguido
en haber llegado á sola
fuerza de brazos activos
à esta playa , que no lexos
de Alexandria imagino ;
y si el aire se demuestra
en el dia sucesivo
mas sereno , avistareis
sus murallas , y obeliscos :
sorba el mar , rompan las peñas ,
y Aquilón destroce impio
con mi baxél quantos leños
tiene en sus puertas Egipto ,
que yo le perdono tantas
ruinas , tantos latrocinios ,
como respete la nave
que estoy esperando fino
de Creta y con impaciencia
quise encontrar à su arribo i
Salva la creo , que el habil
Piloto à quien la confio,
à la luz del primer rayo
la habrà dado pronto abrigo.
¡ Ah ! No sepa mi real madre
el horroroso peligro
à que me expuso el amor ,
de vuestros labios , amigos ,
por lo menos. Si ; seria
mas cauta en lo sucesivo ,
y ahora bastante fatal
à los tiernos votos mios.
En tanto encended aqui
fuego que aclare el abismo
de esta sombra opaca , y seque
nuestros húmedos vestidos.
Mirad sobre la ribera
ruda choza , cuyo aliño
de cañas , y arida paja ,
temiendo está precipicios.
En vuestra mano el acero
saque del pedernal frio
tremulas centellas , arda
la cabaña , que imagino
desierta , y con su calor
refrigere nuestros brios
aclarando las tinieblas ,
que yo aqui me determino
à esperar el dia.

Los Marineros incendian la cabaña , Aladino se sienta sobre el peñasco que está en frente de ella , y creciendo la llama , sale Gemira de adentro despavorida.

Gemira. Santos
Numenes , piedad , auxilio.
¿Que os he hecho , que apenas triste
de ondas , y vientos me libro ,
permitis que me persiga
en la tierra el fuego ?

Aladino. Pios
Dioses , no son femeniles

la-

lamentos, y segun miro,
no es muger la que ocupaba
el rudo alvergue paxizo?
Muger infeliz, perdona,
si tu sueño há interrumpido
el involuntario error.
¿Qué veo, cielos divinos?
Gemira. No sueño, ni con las sombras
se confunden mis sentidos
delirantes.
Alad. ¿Eres tú?
Gem. ¿Tú eres?
Alad. Gemira?
Gem. Aladino?
Alad. Ah dulce idolo!
Gem. Ah Señor!
Permite que el regocijo
se desfogue con el llanto.
Alad. El llanto es poco expresivo
para explicar el placer
de un amante pecho fino.
¡Oh dulce encuentro!
Gem ¡Oh feliz
instante, y dichoso arribo!
Alad. ¿Mas cómo tú entre este horror
sobre la arena de Egipto,
y como oculta en aquel
alvergue mal defendido,
expuesta al riesgo de noche
tan terrible? ¡Ah! el amor mio
demasiado me presagia
que solo yo el reo he sido,
en la tierra, y en el mar
de tu barbaro peligro.
Gem. Escucha, y decide luego.
Ha quatro años que nos hizo
tiernos amantes la suerte
en Creta; ya lo has sabido,
y supo el amor vencer
la distancia que el destino
siempre fatal interpuso,
de un Principe tan invicto
à una hija de Giuriel,
que aunque en el bosque ha nacido,
consideraste bien digna
de tu amor, y tu cariño.
Ha tres lunas (no lo ignoras)
que me dexaste en mi antiguo
bosque paterno la vez
ultima entre mis conflictos
amante desconsolada,
por que tu regreso à Egipto
se hacia importante habiendo
tu Real padre fallecido.
¡Ah! no renueven aquella
triste ausencia mis suspiros,
que entonces sentí bastante,
y oy lloro con mas motivo.
La unica esperanza de ella
fueron votos expresivos;
y promesas duplicadas
de un himenéo vecino.
¡Sin aquel, quantos fatales
dias de horror he sufrido!
Quantas noches en el llanto
velaba, ó bien sumergido
mi corazon entre negros
sueños, lúgubres deliquios,
y horribles ideas, puso
en desorden mis sentidos!
Viviendo esta infeliz vida,
á quien mas dura imagino
que la muerte, un dia estaba
à la puerta del pajizo
materno alvergue, y mi padre
se alexó de su recinto:
reinaba en toda la tierra
alto silencio, y su tibio
fulgor la luna estendia
en el cielo, quando miro
de desconocida gente
poblarse el rudo distrito.
Se llegan à mi, me oprimen
los brazos; al pecho impio
me estrechan, me alzan del suelo,
cubren mis ojos, y el mismo
denso cendal aplicando
à mis labios oprimidos,
embargandome la voz,
el aliento, y los suspiros,
me llevan al mar en ombros,
à un Esquife reducido
me arrojan, cortan un cabo
que à una roca estaba asido,
dá una vela al viento, diez
remos al golfo de vidrio,
y mientras yo tiemblo, busco
libertad, y me resisto,
unos me amenazan, otros
me tienen enfurecidos

como clavada en el suelo ;
mas aunque sollozo , y gimo ,
sopla el viento , el mar espuma ,
y yo vuelo sin arbitrio.

Alad. El inesperado caso ,
de tu sorpresa era digno.

Gem. Mi sorpresa fué un cruél
tumultuoso estraño mixto
de llanto , y de furor. Solo
capaz de tanto delito ,
y reo de tan indigna
violencia creí al impio
Amurates el Baxá
de Creta , cuyo incentivo ,
cuya frenetica llama
sabes quanto desestimo ,
y sabes , no obstante mi odio ,
que la aprueba el padre mio.
Envuelta entre los horrores
de esta idea en que vacilo ,
no podré decir que fuese
de mi , si ya no lo digo
como si hablase de un sueño.
Dentro de instantes sucintos ,
por breve escala de cuerdas
desde el esquife à un navio
con violencia me conducen ;
y batiendo alas de lino
desaparece la playa.
Tres veces el sol vió unidos
el ocaso , y el oriente ,
y al fin de su tercer giro ,
apresurando su curso ,
mas obscura sobrevino
la noche , se inchan las olas ,
brama el Aquilon altivo ,
horroriza el trueno , cruxen
ambos orbes cristalinos ,
choca la nave , se rompe ,
y busca centros de abismos.
Yo , antes que todos , aferro
el casual desperdicio
de una destrozada entena.
Fluctúo , nado , fatigo ,
desfallezco , me abandono ,
y en tan barbaro conflicto ,
pidiendo piedad al mar ,
dando à los vientos suspiros ,
à la deseada orilla
me arroja el mar compasivo.

Alad. Desventurada Gemira ,
veo ahora como ha sido
el hallarte aqui ; mas tú
no vés el fatal motivo
de tus desventuras , solo
notorio al discurso mio.
El obstinado Amurates
culpa alguna no ha tenido
en tu naufragio , y tu rapto ,
el golpe terrible vino
por mano de amor ; y amor
piadoso , humilde , y sumiso
perdon , ò disculpa pide
para el autor del delito.

Gem. ¿Y quien fué el cruel ?

Alad. Yo fuí.

Gem ¿Tu ? ¿Aque fin? Qué te ha inducido
à tan estraña violencia ?

Alad. El ver que sin ti no vivo.
Mas para lograr tu vista
no lo debe haber sabido
tu imprudente padre , el vano
Amurates vengativo ,
ni la viuda madre mia ,
quien destina otro cariño ,
y otro himeneo à mi mano.
Entrambos no habrán podido
irritarla quanto puede
aplacarla un artificio.
Del artificioso engaño
fué amor el Maestro : elixo
un confidente leal ;
con el arcano le fio
oro , nave , marineros ,
y orden expresa le intimo
pena de la vida de
no declararse contigo :
todo lo promete , parte ,
obedece , vuelve , y fino ,
por apresurar su curso
otro baxel monto , y ciño
la verde espalda del mar ,
que feroz , y embravecido ,
rechaza , y clava la nave
contra escollos cristalinos :
salto al esquife , y à fuerza
de remos la playa piso ,
donde hallandote por nuevo
favor del hado propicio ,
del riesgo que en ti he causado

per-

perdon à tus plantas pido.
Gemi. Alza, Señor, que mis riesgos,
mis penas, y mis conflictos,
quando de ti se derivan
cámbian de nombre y estilo,
y son venturas. Doy gracias
al yerro en que has delinquido;
doy gracias al borrascoso
mar, que ilesa del peligro
me unió à ti. ¿Mas qué será
de entrambos ahora unidos?
¿A qué destino mejor
reservas, Señor invicto,
à esta humilde muger, vana
con los titulos benignos
de amor que hasta oy la franqueaste!
Alad. Al de ser el dueño mio.
Aunque exercite mi madre
del poder todo el arbitrio,
no admitiré mas esposa
que Gemira. Del Egipto
soy yo solo el heredero,
bien que mi Real padre extinto,
atento à mis tiernos años,
dexarme à tutela quiso
de la viuda esposa suya,
y de su primer ministro
el Visir Nerostán. Quiero
yo respetar sus avisos,
pero no que le dén leyes
à mi corazon. Soy hijo,
mas soy amante, y me quiere
cauto el amor, mas no indigno
ni cobarde. En el palacio
te ocultaré à sus registros,
y en tanto no faltarán
ruegos, lisonja, ò camino
de seducir à mi madre,
y al Visir. Siempre, bien mio,
estás lexos de Amurates,
y segura del peligro
que en tu padre te amenaza.
Siempre el tiempo arbitro ha sido
de los mayores sucesos,
y amor será compasivo,
mas quando todo faltase,
yo te amo, y estás conmigo.
Ya despunta el alva: ven,
que à Alexandria te guio. *vase.*
Gem. Si haré, y sea quanto el hado
quisiere; ya no imagino
que suceda mayor mal.
La sombra amparo, y abrigo,
mi escolta amor, mi esperanza
un trono, beldad, y brio
juvenil mi escudo; nada
temo, reparo, ni miro. *vase.*

Galeria en el Serrallo con dos puertas laterales, y sofas para sentarse.
Zoema, y Nerostán.

Zoema. Oportunamente llegas.
Nerost. No es mucho si aqui he venido
à hablaros.
Zoem. Al gran congreso
entre nosotros preciso,
tiempo, y lugar es muy propio.
Ner. Suspended. Asientos, é idos. *á los esclavos.*
Zoe. Ya no hai quien pueda escucharnos,
y aqui es fuerza descubrirnos
los corazones. Muger,
y Reyna, ¿sino me fio
de mi primer Visir, donde
podré afianzar mi alivio?
Viuda, y madre, ¿quien me puede
aconsejar mas benigno,
si en mis maternales dudas
por consejero no elixo
al fiel Nerostàn, al solo
heredero noble, y fino
de toda mi confianza,
ò bien el custodio digno
del grande, y temible arcano
que à mi corazon ceñido,
me hace estremecer tres lustros
que ha que lloro sucesivos?
Ner. Bien: estremecete, llora,
mas fia, y habla conmigo.
Zoe. Tu rompes sobre mis labios
las palabras, y suspiros,
con razones misteriosas,
y graves, que no he entendido
ni entenderé, sino mudas
estilo.
Ner. No mudo estilo.
Zoe. Mas si asegurarme puedes,
¿porque lo escusas remiso?
Ner. Tampoco sé yo mudar
naturaleza.
Zoe. Hé creido

que

que naturaleza es rea
quando no encuentras camino
de sugetarla al deber.
Ner. Sufrela, y habla.
Zoe. ¿Si miro
que no sabes decir mas,
de que sirve hablar contigo?
Ner. Habla, y lo verás,
Zoe. Responde.
¿Quando esperas el arribo
de Amurates desde Creta,
donde recibió tu aviso,
à estas venturosas playas?
Ner. Oy, ó mañana.
Zoe. ¿Y consigo
trahe à la dulce hija mia,
à quien otra vez no he visto,
desde la hora en que nació,
ni ella jamás ha sabido,
que yo soy su madre?
Ner. Si.
Zoe. ¿Qué piensas de su destino?
¿A quien supone por padre?
Neo. A Amurates.
Zoe. ¿Y él, él mismo
que dice? ¿De quien la cree
ignorado fruto?
Ner. Mio.
Zoe. ¿Mas si la cree hija tuya,
juzga por que à él solo ha sido
confiada?
Ner. Por engaño
de un himeneo furtivo.
Zoe. ¿Y que ocasion, verdadera,
ò fingida le has escrito
tener para reclamarla
como padre suyo?
Ner. El fino,
solo, y paternal cuidado
de darte à un esposo digno.
Zoe. ¿Dentro del Egipto à quien?
Nor. Al heredero de Egipto.
Zee. ¿Y no temes que tu hermano
Amurates, advertido
de aqueste extremo, sospeche
de tu fe?
Ner. No.
Zoe. ¿Y ha sabido
que el muerto Sultán mil veces
amenazó mi exterminio,
si por fruto de himeneo
no franqueaba à sus cariños
hijo varon que heredase
su corona?
Ner. Si.
Zoe. Es preciso.
¿Y no pudiera saber,
ò sospechar discursivo
almenos, que por temor,
ò por mugeril capricho
de reinar en el Serrallo,
trocase yo con un hijo
tuyo à mi hija, pues nacieron
los dos en un dia mismo?
¿Que tu, para que el engaño
fuese mejor colorido,
aquella niña enviases
porque creciese à su abrigo,
mientras vivia tu Rey?
¿Que mi temor extinguido
con su muerte, la llamemos
para esposa de Aladino,
y entre los dos sepultando
otros derechos mas dignos,
callar el grande secreto,
y usurpar el trono invicto?
Bien sabes que es verdad todo.
Ner. Verdad.
Zoe. Tambien has sabido
que Amurates otras veces,
agregandose infinitos
titulos ilustres, supo
desembainar atrevido
la espada contra su Rey.
Sabes que abunda el Egipto
de Almas mercenarias, harto
idolatras de su altivo
genio feroz, prontas siempre
à tumultuarios bullicios:
y sabes....
Ner. Todo lo sé.
Zoe. ¿Mas qué harás para impedirlo?
Ner. Nada.
Zoe. ¿Pero deberemos
descubrirle este artificio?
Ner. No.
Zoe. ¿Se le puede decir
à mi hija?
Ner. Es presto.
Zoe. El cariño

temo que me haga traicion.
Ner. Calla.
Zoe. ¿Mas podrás tu mismo
con Aladino callar,
quando sabes que es tu hijo,
y él supone que es tu Rey?
Ner. Si.
Zoe. ¿Mas si aquel pecho esquivo
desdeña ò retarda el justo
himeneo prometido?
Ner. Entonces veremos.
Zoe. ¿Qué
se ha de ver, si ya averiguo
à Amurates sospechoso,
el Reyno en vandos distintos,
yo muger, y madre, muerto
esposo, y Rey.
Ner. Mas yo vivo.
Zoe. ¿Y bien?
Ner. Haré...
Zoe. Que harás?
Ner. Todo.
Zoe. ¿Como?
Ner. Adios.
Zoe. Tente, que he oido
llegar gente; no se que
buscan; y en tal hora, y sitio,
no es bien que me encuentren sola.
Sale Dadian. Reyna, Nerostán, os digo
la infeliz nueva? Amurates
llegó, y es muerto Aladino.
Ner. ¿Deliras?
Zoe. Numenes Santos,
que escucho?
Dadian. No; no deliro.
Ayer, Señora, fingiendo
que à cazar habia salido,
montó un baxel que dirije
à las gargantas del Nilo,
donde le aguarda amorosa
empresa, y à mi fe quiso
confiar todo el secreto;
mas apenas el navio
despide la playa, quando
gime el mar embravecido,
choca el leño en un escollo,
y se pierde. En el camino
halló sus fatales restos
Amurates, y ha entendido
que su Principe en la nave
habita sepulcros frios.
Ner. ¿Justos cielos, hay mas penas?
Apoyado atonito sobre un bastidor.
Zoe. Triste madre! Inadvertido
Principe! ¿Mas no pudiera
engañarse en los indicios
el vulgo? ¡Ah Nerostán, debo
creer?
Ner. No sé.
Zoe. ¿Que haces rendido
à esa inacion!
Ner. Lloro.
Zoe. Dexa
ese llanto al dolor mio,
que soy madre. Vé, pregunta,
y no procedas omiso.
Yo me lisongeo aun
de que esa voz ha mentido.
¿Donde está Amurates? Quiero
saber por su labio mismo....
¡Ay dulce hija mia, quanto *aparte.*
deseo abrazarte! Ah impio
amor! Yo no estoy en mi.
Me trasporta el regocijo,
y el dolor me dexa inmobil,
si el naufragio cierto ha sido.
Vuelve à decir, y explicar
mejor ¿que nuevo delirio
juvenil furtivamente
llamaba al mar à mi hijo?
¿Porque faltaste al respeto,
que à entrambos nos es debido
como sus tutores, para
recatarlo, y no decirlo?
Dad. Por que soy fiel, y à no creerle
muerto, nunca hubiera dicho
quanto sé, si me costase
la vida con que respiro.
Mas ahora que la muerte
mis votos ha dirimido,
sabe, Reyna, que él amaba
con frenetico incentivo
una Greciana hermosura
de quien recató à mi oido
patria, y nombre; pues tan solo
à mi confianza dixo
que habiendola hecho la suerte
menos digna de su invicto
talamo, su beldad sola,
à pesar del hado esquivo

pudo

pudo ennoblecer sū cuna;
y asi que obtuvo el aviso
de la muerte de su padre,
à mi hermano hubo expedido
para robarla por fuerza,
y traerla con sigilo
al palacio, en cuyo centro,
por fruto del robo, quiso
hacerla Reyna, y su esposa
à pesar vuestro, y de Egipto.
Ner. ¿Todo esto has sabido tu?
Dad. Ninguno mas lo ha sabido.
Ner. ¿Y callaste hasta aqui?
Dad. Juzgo
que el callar no fué delito.
Ner. Y de tal clase, que temo...
Dad. ?Qué?
Ner. Tu muerte.
Zoe. Al hijo mio
no dará vida su muerte.
Con ese mal advertido
amor me hiciera temblar
aun mas si estuviese vivo,
quando à reusar llegase,
de otra beldad seducido,
la consorte que al morir
le eligió su padre extinto.
Busquese en tanto por todas
partes; Dadian quanto ha dicho
no declare à otro; Amurates
venga à mi vista al proviso,
y Nerostán abandone
sus taciturnos deliquios,
que yo, Reyna, viuda, y madre,
en tan raro laberinto,
he de menester à todos,
y de todos desconfio.
Sale Machmut. Dadian, no tardes si acaso
la Reyna te dá permiso,
que te espera, è impaciente
manda llamarte Aladino.
Dad. Amigo!
Zoe. ¿Que oigo?
Ner. ¿No es muerto?
Mac. Tal voz habia esparcido
un rumor popular, pero
llegar en salvo le vimos.
Que fuese cierto el naufragio
en gran parte se ha creido,
no obstante que lo recata
quien le acompañó; y es fixo,
que aun en las borrascas es
venturoso. Trahe consigo
una Ninfa de las mares,
una Deidad, ò un prodigio
tan hermosa, tan divina,
y amada de él, que su hechizo
oculta donde le ignore
aun el sol. Yo à hurto he podido
verla, y aun no sé que efecto
causó en mi el haberla visto. *Vase*
Zoe. Nerostán?
Ner Señora?
Zoe. Yo
me pasmo.
Dad. Yo me retiro
culpando mi ligereza;
mas valga en descargo mio,
que si fuí el primero à hablar,
ni ultimo, ni solo he sido. *Vase*
Zoe. ¡Numenes sagrados, como
me haceis pasar de un conflicto
à un temor? Vive este Joven,
mas sugeto à otro cariño,
trunca toda mi esperanza,
y con la mano el invicto
solio usurpa à la hija mia
que la reservaban finos
mis extensos votos. Suerte
cruel, quantos precipicios
me aprestas por mano impia
de amor! Babaro, è iniquo
amor, haz que no ame tanto
à la hija en quien mi fé cifro,
ó hazla digna del afecto
de su Rey pues tal la hizo
mi engaño. Ea, Nerostán,
ya el gran contraste hemos visto.
¿Que me aconsejas si hiciese
falaces los votos mios?
Ner. Discurro: Haré.... quanto importe.
Confia, y calla. *Vase*
Zoe. Este impio
callar, este confiarme
es mucho, quando su mismo
silencio pudiera hacerme
sospechosa en el siglo
aun su fé. Tal vez le basta
ver reinar solo à su hijo,
y ahora no teme usurpar

los derechos primitivos
de mi hija impunemente.
Advierte (ah cruél destino !)
que soy muger, vé que debo
callar ; sabe que si explico
mi situacion me hago rea
de un fraudulento artificio :
pero soy madre ; no temo :
el silencio ya es delito.
Su nacimiento , su origen
le descubriré à Aladino ;
con estas manos haré
pedazos su idolo indigno ;
me valdré contra su padre
de Amurates vengativo ;
sabré llenar de terrores
el Africano recinto ,
para que tenga tambien
su Sofonisba el Egipto,
y aquel trono en que reinaron
sus ascendientes invictos ,
ò no será de ninguno ,
ú de la hija que suspiro.

ACTO II.

Sala Regia : *Zoema* , *y Amurates.*

Zoe. No vuelve Nerostàn con su amable hija,
ségun se lo insinuaron mis preceptos.
Estoy ansiosa de volver à verla ,
y de ver en su rostro el verdadero
plan de una nuera Real , bastante digna
de mi amor.

Amu. ¿Tanto puede en ti su afecto
en tan breves instantes ? Yo anteveía
que educada por mi en su albor primero,
se podria alabar soberbiamente
de un gentil rostro, un magestuoso aspecto ,
dulces costubres,y alma heroica y grãde;
siendo de padre , y tio fiel diseño.
Formando en sus virtudes una copia
de mi mismo, logré formar su objeto
digno de su Señor ; mas no creía
que en mi sobrina el natural tan presto
se uniese al tuyo, y tanto al mio quadre.

Zoe. Este no sabe aun que soi su madre. *ap.*
No se admire Amurates , que son estas
del sexo estravagancias. Un ligero
fixar la vista , suele entre nosotras
decidir del amor. Yo apenas veo
la hija de Norestàn, que me sorpren de
su indole augusta, y noble: tùvo luego
al presentarse à mi tan dulce modo
que me induxo à quererla con extremo.
Paraque yo la amase, en favor suyo
hablaba el grado , el timbre , el nombre excelso
de nuera mía , y de elegida esposa
por mi , muerto el Sultán , al heredero
del solio del Egipto.

Amu. Aun no lo dice *aparte.*
todo, y no obstante el corazon la leo.
¿Qué sirve aqui justificarte ahora
de la terneza tuya ? Ella en efecto
puede lisongearse en sumo grado
de mil titulos grandes, y supremos
para serte preciosa ; mas tú , oh Reina,
aun no vés el mejor : su rostro bello
tanto semeja al tuyo, que una hija
no pudiera copiarle mas perfecto ;
y en ella te estimúla à amar tu imagen
afecto superior. Asi la empeño *aparte.*
en mi engaño tambiẽ. Mi arte no entiẽde
y quiero ver si almenos se defiende.

Zoe. No han hallado mis ojos todavia
la semejanza suya ; mas son esos
efectos del acaso , y mis transportes
son leyes del amor. ¡Ah quanto tiempo
espero que su padre la conduzca
nuevamente à mis ojos, y no entiendo
su omision !

Amu. ¿Donde han ido , que retardan
tan perezosamente su regreso ?

Zoe. A presentar al Principe Aladino
la soberana esposa. Quiera el cielo
que merezca agradarle , y no se atreva
à reusar tan placido himenèo.

Amu. ¿Dudas , tal vez , que èl pueda reusarla ?
Si lo executa asi su atrevimiento, *ap.*
aun mas que de otro mio será el daño ,
y en el engañador caerá el engaño.

Zoe. Mucho ignoras aun : en otra llama
arde el Principe tuyo.

Amu. Asi lo infiero
de leve insinuacion ; ¿pero que temes
de tan debil motivo ?

Zoe. Solo temo
que olvide los preceptos de su padre ,
los votos del Egipto , y mis consejos.

El es amante, es joven, es Monarca,
ama à una Griega vil, y el casto lecho
reservando à ella sola; trono, y mano
injustamente usurpa errado y ciego
de Nerostán à la hija. En esto agravia
à su primer Visir; en todo el Reyno
siembra el antiguo fruto rigoroso
de nuevas sediciones.... y aun mas que esto:
à mi misma me expone à que decaiga
de mi antiguo explendor. Los Dioses rectos
desvanezcan augurio tan terrible.
Ellos saben mui bien de aqueste exceso
quanto debo sufrir mas que yo misma;
saben mas, que recata mi silencio,
mas de lo que imagino yo; y acaso
saben mas que sabrá sufrir mi pecho;
porque.... porque.... Vos lo sabeis, oh Dioses!

Am. Aun yo tiemblo por ti, pero no encuẽtro
para desesperar razon alguna,
aun quando se escusase al himenéo,
y no quiera admitir por su consorte
à mi sobrina.

Zoe. Ignora que en tal yerro *aparte.*
en mi hija la repulsa recaería. (*ap.*

Amu. No sabes tu que aquella es hija mia.

Zoe. Quando no desesperas, no has creido
tan preciosas al util de mi Reyno
las prevenidas bodas.

Amu. Bien conozco
la utilidad, Señora, las deséo,
mas, no obstante.... otra esposa....

Zoe. ¿Tal vez no ama
Nerostán à su hija? No te entiendo.

Amu. Ame, ò no ame en fin; sea hija suya,
ò no lo sea....

Zoe. ¿Como? Yo no veo
causa para dudar.

Amu. Yo dudo, y créo.
Mas él viene à proposito, y parece
que trae infaustas nuevas si lo infiero
del silencioso paso, el rostro adusto,
inalterable à otro menor suceso.

Zoe. Esa es costumbre y uso, demasiado
envejecido en él, y harto funesto
à mi situacion ahora.

Amu. Quan distintos
somos los dos hermanos! Quan opuestos!
El es todo de yelo, y yo de llamas.
Confia, gran Señora, el pensamiento
en mi, que tengo ardor, viveza y br
bastante à despertar el torpe sueño
de un hermano que duerme, que discurr
y aun quando lo mejor resuelva luego
para la execucion de sus designios,
procede siempre tibio, tardo y lento.

Zoe. Bien lo véo, y por esto desconfio.

Am. Yo deslumbro à los dos, y el Reino e
mio. *apart*

Nerostán, Orefisa.

Ner. Vé aqui la nuera tuya.

Zoe. Vén, amada,
à mis brazos, aun no bien satisfechos
de estrecharte à mi seno venturoso.
Tiernos, y extraordinarios movimientos
de la naturaleza, y de la sangre, (*aparte.*
no hagais traicion à un corazon materno.
¿Como te recibió, querida mia,
tu Real esposo en el primer momento?
¿Te halló bastante digna de su alhago?

Ore. Los amplios, è inviolables privilegios
de mi padre y mi tio me pudieran
hacer bien digna de él, y al mismo tiempo
la eleccion tuya, la del Rey tu esposo
los impacientes votos, los deseos
de Africa toda, y esta ilustre alma,
que sabe adelantarse à qualquier precio
del sexo, y de la edad. No obstante, oh Reina,
con rubor mio à presumir me atrevo
que es preciso que el Principe tu hijo
padezca frenesies, pues ni ha vuelto
los ojos para verme.

Zoe. ¿Cómo? ¿Así honra
los preceptos de un padre?

Amu. ¿Otros respetos
no exige de él la sangre de Amurates
y Nerostán?

Zoe. ¿Hablaste tú à lo menos
con Aladino?

Ner. Hablé.

Amu. ¿No le expusiste
quien eres, quien soy yo, y quanto en su obsequio
nos debe un joven Rey?

Ner. Todo lo expuse.

Zoe. ¿Y qué razon opone à tu argumento?

Ner. Amor.

Amu. Disculpa infame, si desdeña
una hija tuya en desigual cotejo,
sabe el cielo de quien.

Ner. De una su esclava.

Zoe. ¿Y à tan vil competencia en nombre nuestro,
y del Africa toda, que opusiste?

Ner. Flema, y respeto fiel

Amu. ¿Flema, y respeto,
quando habemos llegado al triste punto
de que pōga la plāta en nuestros cuellos
un garzon temerario, poseído
de si, como embriagado de amor necio?
Tú le debiste amenazar con la ira
nuestra, y con los furores de su Reino,
que penden de mi arbitrio. Solamente
con desnudar la espada, en un momento
haré brillar millares à mi lado.
Solo que hiera con la planta el suelo,
brotarán las campiñas gente en armas,
se inundará el Egipto en voráz fuego,
correrá sangre el Nilo en siete bocas,
verás temblar à un Rey Adonis tierno,
precipitar del trono, y con su amada
irse à esconder donde le guie el miedo.
¿Y tu, que ya lo sabes, tu que miras
crifrado en esta mano, en este acero
el rayo abrasador, indignamene
usas con él de flema, y de respeto?
Vé, que me ruborizas sino aprendes
un estilo mas digno de mi exemplo.
El que calla no se hace temer nunca.
Es escarnio aun del misero plebeyo
el que no osa hacer frente à temerarios.
Vé, recheza ese amargo vituperio,
ò te diré, quando tu infamia toco,
que tu espiritu es vil, ò tú eres loco.

Ner. Tú.

Amu. Lo verás.

Ner. Sin duda.

Zoe. No se véa,
amigos: à los tres conduce al riesgo
la politica lenta, y siempre omisa
de Nerostán, y el duro ardor violento
de Amurates. Sus limites prescribe
entre el yelo, y la llama quien es cuerdo.
¡Ah! no exceda en entrambos uno, ni otro.
No siembren dos caracteres opuestos
nueva ocasion de ruinas en Egipto.
Vuestra Reina en quietud quiere su pueblo,
y una mísera madre no quisiera
mirar inobediente aun hijo tierno.
Sus bodas destinadas à la amable
heredera del claro explendor vuestro,
son ahora precisas. Mas que todos
yo las busco, las pido; y en mi aliento
hay poder para hacer que se estremezca
quien ose reusarlas. Oy al menos
pruebense los caminos mas suaves
de reducir à mi hijo, y convencerlo.
Nerostán, y Amurates no abandonen
el arte de las cortes que aprendieron,
siendo el Maestro la razon de estado,
para pensar en todo.

Ner. Ya he pensado.

Amu. ¿Y bien, qué harás?

Ner. Si haré.

Amu. ¿Si callas siempre,
que se podrá inferir de tu silencio?

Ner. Lo mejor.

Amu. Pero dilo, ù reflexíona
que mi paciencia llega ya al extremo,
y que no guardaré respeto alguno
à tu edad. Se requiere aqui otro esfuerzo
que el de asear la barba, arquear las cejas
por decoro del grado. Exige el riesgo
distinta explicacion que en baxo estilo
misteriosos Oraculos febeos.
¿Quieres que yo te muestre en breve instante
sin tanto discurrir cómo resuelvo,
y como sé despues constituirme
veloz executor de mis consejos?
¿Donde esconde Aladino, gran Señora,
esa Griega hermosura, cuyo incendio
tanto puede cegarle, que desprecia
por ella à una sobrina mia?

Zoe. Intento
declarartelo en vano, pues lo ignoro,
mas no juzgo dificil el saberlo
si à Dadian, ò Machmut se les pregunta.

Ner. Ya lo sé yo sin inquirirlo de ellos.

Amu. Si lo sabes, ordena que me muestren
donde está.

Ner. No.

Amu. ¿Qué importa? Yo no quiero
contigo disputar.- Me averguenzo
de pender de una estatua de quien debo

extraer para una hija una palabra
à fuerza de sincél: sin ti me ofrezco
à saber donde está la Griega esclava,
y de un golpe, sin ti, à cortar me atrevo
del venenoso tronco las raices.
Sabré arrancarla yo del mismo seno *à Ore*
de tu no digno esposo, y conducirla (*fisa.*
à los remotos limites postreros
del mundo. No tendrá de ella otra nueva
que su infausta memoria: pondrá freno
el tiempo à sus transportes, y nosotros
à aquella alma soberbia la veremos
à los pies de su madre generosa
no escusarse à admitir mas digna esposa.
Zoe. No hai mejor pensamiento en la mas fina
cortesana politica del Reino.
Ore. ¿Y quien podrá mejor executarle,
que el mismo que produxo el pensamiēto
de la prevista empresa meditada?
Zoe. ¿Le aprueba Nerostán?
Ner. No.
Amu. Calla el eco
de ese estolido *no*, si mas no dices.
Ner. No.
Zoe. ¿Pues en separando de su objeto
la fiel amada, el amador constante,
qué puede hacer?
Ner. La encontrará al instante.
Amu. Donde estoy yo es dificil.
Ner. Lo hé previsto.
Zoe. ¿Pues paraque no logre el vencimiento
una torpe muger de obscura esfera,
que es lo que piensas tú?
Ner. Pienso que muera.
Amu. ¿Con tan breves acentos sobre el labio
tan cruel corazon nutre tu pecho,
y solo en dos palabras, de una vida
decides? Engañado mundo ciego,
guardate de la clase de los que usan
las palabras medir, truncar los ecos.
En estos vive oculto entre cenizas
el fuego abrasador; el aspid yerto
enmedio de las flores; el caribdis
en la bonanza; y quando clama el viento
tranquilizando el mar su rumor grave,
tiembla, infeliz, que à fondo vá la nave.
Ner. ¡Ingeniosa calumnia!
Amu. ¿Y por qué causa
se condena à morir en tu concepto
una infeliz muger, si à nuestro asunto
basta que viva ausente, ignota, y lexos
de quien solo en amarla desacierta?
Ner. La dexerá de amar en siendo muerta.
Amu. Me acredito de necio si à tan vana
respuesta la propongo algun aprecio.
Mientras tú determinas darla muerte,
mientras hallas un brazo, y un acero
pronto al golpe fatal, yo me dispongo
à inquirir donde exîste, y me prometo
sacarla à viva fuerza, desterrarla
à otra parte del mar por mi precepto;
y dexando el Real talamo glorioso
libre para tu hija, en su destierro
contará de nosotros, que Amurates
fué piadoso con ella por lo menos,
pues si una ley del Reino su amor priva
leyes de humanidad quieren que viva.
Ner. Habla tú, y ella muera.
Zoe. ¿Mas no temes
los efectos fatales que prevéo?
¿Cómo has de executar lo que propones?
Ner. Que no entienda Orefisa mis intentos.
Zoe. Hija, vuelve à mi quarto, que al instāte
yo te sigo; mas lleva en tu Real seno
la esperanza segura de que te amo,
tal vez, mas que tú crees, ni yo debo
explicar: y te juro una y mil veces
sobre el altar de tu inocente pecho,
por aqueste materno abrazo mio;
que aun à la extrema costa, al fatal precio
de la ruina que à Egipto menos quadre
tú serás Reina, ò yo no seré Madre.
Ore. Obedezco, Señora, confiada
en la inviolable fé del voto vuestro;
y quando él falte, quedeme el abono
de que me creais vos digna del trono. *vase*
Zoe. Ya no hay quien nos escuche. ¿Como juzgas
quitar impunemente oy el aliento
à la ribal de mi hija, y quien te presta
para la execucion brazo, y acero?
Ner. Machmut.
Zoe. ¿Y tú te fias de aquella alma servil?
Ner. Me fio.
Zoe. ¿Y crees que sangriento
à su Señor pretenda irritar ahora
quando siempre le amó?
Ner. No le ama.

Zoe. ¿Y luego
como ha de disculparse con él?
Ner. Debe
fingir hallarla desleal.
Zoe. De ingenio
no carece el engaño, y valer puede.
Ner Parte, que llega ya.
Zoe Treguas, funestos
pensamientos: consejo, altas Deidades,
piedad, corazon mio, en tanto riesgo,
que yo no me comprehendo, y me confundo.
Odio aquella, y su muerte compadezco,
amo à mi hija, y tolero sus agravios,
y entre abismos de dudas no sabiendo
que fin tendrá la suerte mi enemiga,
quien fuere Madre (ah!) por piedad lo diga. *Vase.*
Ner. Mugeres, y....mugeres.
Sale Mac. Señor, mucho
pensé en la execucion de tus decretos,
y mucho haré, mas no he emprẽdido nada
todabia: el lugar me es manifiesto
donde se oculta esa muger: la he hablado
un instante; furtivamente puedo
penetrar donde exîste; sé el engaño
que ha de fingirla infiél; mas si me atrevo
à hablar sinceramente no me culpes.
Es joven, es hermosa con extremo,
me causa compasion; y se pudiera
evitar que muriese, ò por lo menos
el morir à mis manos.
Ner. No se puede.
Mac. ¿Es ya resolucion? ¿No hay algun medio?
Ner. O ella, ò tú.
Mac. Considera sin embargo,
que es inocente, y que su rostro es bello.
Ner. Ella, ò tu.
Mac. Pero mira que la he visto
yo tambien; y una ley de tu precepto
à mi Señor, y à mi bastante cuesta.
Ner. O ella, ó tu: Aqui no hai mejor respuesta. *Vase.*
Mac. No hay medio; yo me arriesgo sino muere
Gemira. Santos Numenes supremos,
defendedla vosotros, que mi vida
no es bastante à dexarla defendida. *vase.*

Jardin cerrado con murallas, colina en perspectiva, con la puerta de un castillo encima, y el puente levadizo calado. Gemira, y Aladino salen por dicha puerta, y baxan por la colina.

Gem. Dexa, Señor, alomenos
que tus pasos acompañe
siguiendote hasta la puerta
de mi recatada carcel.
Quando te apartas de mi,
te llevas la mejor parte
de mi alma, y en mi no queda
sino la esperanza afable
de volverte à ver mui pronto,
y de jamás separarme
de tu pecho. Vuelve al punto,
mi Rey, mi Esposo, mi amante.
Vuelve, idolo mio, quanto
mas presto te fuere facil,
y discurre en tu partida
que no sé vivir distante
de ti, ni mis tristes ojos
un momento han de enjugarse,
por que faltandome tú,
no hai temor que no me asalte,
Alad. No temas, corazon mio,
ni me funeste la grave
luz de tus ojos un llanto
importuno. Aunque distante,
soy tuyo; y tuyo seré,
si mirára congregarse
en nuestro daño el abismo
con los orbes celestiales.
Yo parto donde me llama
la prudencia un breve instante,
y el amor te tiene oculta
donde esos muros te guarden
con tus damas de qualquiera
violencia. Esta inhabitable
Isla que circunda el Nilo,
te asegura mui bastante
de que te encuentren. Dadian
solo este secreto sabe.
Poco me fio de aquella
alma venál. Sé que el facil
concepto de mi naufragio
le obligó à que declarase
el arcano de mi amor;
pero me importa, no obstante,
suponerle fiél. En fin,
(ya, dueño mio, lo sabes)

yo

yo me ausento à sostener
en el rostro de una madre
los sacrosantos derechos
de libertad; las suaves
leyes del amor, que à tí
en este pecho constante
te reservan, en cotejo
de una beldad cuya imagen
no he visto, el primer lugar
al Real trono de mi padre,
si Egipto, y Africa toda
ardiese en llamas voraces.
Gem. No tanto ardor, ni mi mano
cueste al Egipto tan grande
precio. ¿Qué importa que yo
poséa tu pecho amante,
si por mi pierdes el trono,
injurias tus respetables
predecesores, adquieres
la enemistad de una madre,
y arriesgas tu Real fortuna?
Ay Señor, si me adoraste,
si aprecias mi amor, te pido
que à tanto empeño no pases.
Vé à tu madre, y à sus pies
ruega, pero no amenaces,
suspira, lamenta, llora,
y de mi nada la hables
con que se pueda irritar:
Mas (oh Dios!) si en este lance
à mi ribal vés al lado
suyo; si acierta à agradarte;
si te sabe lisongear,
si el respeto te dexase
seducir.... Barbara estrella,
dispon que fallezca yo antes.
Tirano amor, tu sagrado
me valga.... No se separe
de mi el idolo que adoro:
y si al fin has de ausentarte,
mi esposo, mi bien, mi dueño,
lleva por tus auxiliares
el relampago en los ojos,
el trueno en las voces, y arme
tu mano el dios de las iras,
de los rayos fulminantes.
Vé, grita, amenaza, isulta,
sostén mis derechos graves,
olvida una madre ingrata,
olvida unos desleales.
vasallos, arda el Egipto,
inundese Africa en sangre,
lamente ruinas el mundo,
llenense de horror los aires,
arriesgue Aladino el trono,
sus laures se desgaxen,......
Mas sea mio Aladino,
que este es el bien de mis males.
Alad. Soy tuyo, no temas: no
tantos frenesies cause
en ti una ribal, muy poco
digna de ti. Antes qne en nadie
piensa, Gemira, en ti misma.
Vuelve al castillo al instante:
yo no tendré paz, bien mio,
y el pie trémulo y cobarde
no se atreve à imprimir huellas
que de tu vista me aparten,
mientras no te juzgue oculta,
en su ignoto carcelage.
Si en este verde recinto
alguno te encuentra, es facil
sorprenderte.
Gem. No me falta
valor para libertarme.
Dexa al menos que te siga
con los ojos mientras pases
la crespa orilla de Nilo.
Alad. No me atrevo à disgustarte.
Adios, mi bien.
Gem. Ah! Primero,
dime, prometes amarme?
Alad. Mientras respire mi aliento,
seré, qual lo soy, constante.
Gem. Vuelve mui presto.
Ala. Si haré.
Gem. No viviré lo que tardes.
Alad. Ni yo animaré en tu ausencia.
Gem. Duro pesar! Cruel trance!
Ala. No llores, idolo mio, *la toma las manos*
que à desunir este enlace
no hay poder en la fortuna,
ni bastan adversidades.
Adios.
Gem. Adios, y los cielos
para ser mio te guarden,
Ala. ¡Que destino mas felice!
Gem. ¡Qué ausencia mas lamentable!
Ala. ¡Qué gozo el volver à verte!
Gem. ¡Qué dolor el separarte!

Mas

Ala. Mas si es preciso....
Gem Si es fuerza,
y el llanto à nada equivale,
Lso. 2. Adios mi bien, y conserva
en tu corazon mi imagen *vase Aladino.*
Gem. Sea breve, sea forzosa,
sea llena de amor, no obstante
esta amarga despedida
todo el corazon me parte,
me llama sobre los labios
los suspiros, y me atrae
el llanto sobre los ojos,
sin entender de que nace.
Segun desde aqui distingo,
ya pisa la orilla fragil
mi Señor. Ondas piadosas,
volvedle presto à esta margen,
y no aumentará mi llanto
el fluxo à vuestros raudales.
¿Mas qué gente es la que llega
no conocida à mi exâmen?
¡Ah! Si huyendo la colina
intento pasar, me hace
sospechosa mi cuidado.
El fingir es importante.
Finge no temer, Gemira,
finge que no has visto à nadie,
y muestra que los ardores
del medio dia disuades,
apartada entre las sombras
de este floreciente valle. *Se retira.*
Sale Selimo. Esta es la Isla, y ese muro *(con*
que sobre este risco yace *soldados.*
es el castillo, mas toda
mi diligencia es en valde
sino conozco à quien debo
robar de orden de Amurates.
Alli se vé una muger
de bello rostro, y noble arte,
pero ami no me parece
su beldad tan admirable,
y si fuese la que busco,
no estuviera en esta parte
descuidada, y sin temer
de nosotros, mas no obstante
me informaré por lo menos
de ella en lo que ignoro. Amable
joven, permite à mi labio
una palabra.
Gem. Inconstante *aparte.*
suerte, muestrame sincera
para que logre engañarle,
supuesto que haya ocasiones
en que la franqueza engañe.
¿Qué pretendes de mi?
Sel. Señas
de quien sea, ò donde se halle
ignota griega beldad
à quien Aladino amante
intenta elevar al solio?
Gem. Sin que à declarar mas pases,
no sé donde está. Mas si:
vesla alli, que el paso errante
apresura hácia la roca
que al pie de ese monte nace,
y recelando de todos
va mirando à todas partes.
No te detengas, vé pronto,
si pretendes darla alcance,
ò yo la llamaré.
Sel. No,
que ya he entendido bastante:
vamos, soldados.
Gem. Primero
te pido que quando la halles
no la digas que yo fuí
quien ha podido informarte,
Sel. Confia. *vase.*
Gem. Un terrible riesgo
he evitado, mas recae
la pena sobre una esclava
de las mias. ¡Cruel trance!
Ya la siguen, ya la alcanzan,
y con violencia la extraen.
¡Estrellas piadosas, quanto
os debo, y en adelante
quanto os deberé, si logro
en el castillo salvarme!
Numenes, que véo? Nuevo
estorbo hai que me embarace,
y aqui el fingir es inutil.
Sale Machmut Suspende la planta fragil.
Te hallé al fin, bella Gemira,
donde menos pensé: en valde
rodeé la Isla en donde
te ocultas, hasta esté instante.
En fin, he llegado à verte
en tan ignoto parage,
que sin temor de que me oiga
mi Principe, à tus amables

ojos, puedo declarar
la pasion que me combate
Gem. Aguarda: en solo un aliento
has dicho cosas notables.
Bien puedes à tu alvedrio
con libertad declararme
qué pretendes, que deseas,
y quien te influye, ò persuade
à delirar.
Mac. Gemira, oye,
aunque mi propuesta estrañes.
Yo no aconstumbro perder
el tiempo, que es estimable,
en palabras, y suspiros,
como los necios amantes.
Breve es la vida, y en ella
sin numero los azares.
Pronto à los extremos, franco
al negar; en dos instantes
voy desde el amor al odio;
y alguna vez paso el margen
de la crueldad. Desde el punto
en que ví tu rostro amable
te adoré; y ahora que vuelvo
à verte, no me combaten
el miedo, ni el rubor para
decirte en sucintas frases,
que quiero la ultima prueba
del amor; y pues lo sabes,
elige de aquesta mano
ser aqui mia, ò matarte.
Gem. Elijo la muerte. ¿Y qué hay
en la vida de apreciable?
¿Es mas que una dolorosa
confusa serie de males?
¿Y la puede amar aquel
que à si mismo quiere amarse?
La muerte es felicidad;
la deseo, y me complace
su memoria. Si no tienes
corazon para matarme,
ò la victima desdeñas,
dame esa espada, que à nadie
para morir necesita
quien desea morir. Halle
una prueba de tu amor
mi pecho, y prueba de sangre.
Di algun dia en tu alabanza
para exemplo à las edades,
que una muger valerosa
quiso antes morir que amarte.
Mac. Sino me engaña su labio,
ella misma es quien me abre
la senda de obedecer
à Nerostán, sin que pase
à hacerme inhumano reo
de crimen tan detestable.
Yo la volveré à cobrar
de ella, si es que me engañase.
¿Que esperas? Vé aqui una espada. *(le dá la suya.*
Gem. Mirala, y tiembla cobarde.
¿Alma vil, me hablas de amor,
y à rigores me persuades?
De esta mano pende ahora
tu iniqua vida exêcrable,
y seria justo purgar
à la tierra de un infrme
contrario de las mugeres,
por un femenil corage.
De muger naciste tu.
Mugeres fueron, no obstante,
las que nutrieron tu vida,
no leonas montaraces.
Mugeres son las que siempre
seguis rendidos amantes;
las que hacen eterno al mundo,
las que de Heroes inmortales
llenan la historia. Sus leyes
dominan sin derogarse
los sucesos de los Reynos;
y conduciendo triunfantes
aun mas allá de la muerte
los dulces nombres suaves
de amante, esposa, ò hermana,
adonde el amor no vale,
desdeñan toda violencia.
¿Y tu, monstruo abominable
la pides à una muger
pruebas de amor, ú de sangre?
Sangre, cruel; pero sea
tuya la que se derrame
por mi mano, vengadora
de femeniles ultrages.
Y sea quien fuere el reo,
el Juez, el complice, ò parte
que con el velo de amor,
cubre el atentado infame,
habla, sangriento Ministro,
ò muere à mis pies sin que hables.
Sale. Ala. ¿Que es esto? ¿Porque esa espada
des-

tener sobre tu trono? No eres Reina,
si yo tu hijo no soy: Desciende aprisa
de ese excelso lugar, que aun que naciese
del polvo de la plebe mas indigna,
no tolero que en él su planta fixe
una muger para que yo la sirva.
Y ese trono, vacante de heredero,
cansado de sufrir la tirania
se le sabrá comprar de orgullo armado
el que mejor espada lleve al lado.

Zoe. Que le compre si puede el ambicioso (*baxa del trono.*
hijo de Nerostán: soberbio, mira,
ese es tu padre en fin: con un engaño
venturoso, y mi acuerdo, pretendia
grangearte una diadema solo à precio
de admitir por tu esposa esta hija mia.
Vé, maltratala ahora; vitupera
su beldad, y posponla à una abatida
esclava. Para eterno ultrage tuyo,
de tu tio Amurates será digna
esposa. Quien desdeñe sobre el trono
servir à una muger, y quien aspira
à su dosél vacante de heredero;
mida con Amurates el acero. *vase.*

Ala. ¿Yo sin reinar?

Ner. Tu culpa.

Ala. ¿Yo tu hijo?

Ner. Aprende.

Ala. La heredera, y felizo hija
de tu Señor es esta?

Ner. Si.

Ala. ¿Mas como
una muger infiel...

Ner. Respeto.

Ala. Ah impia
fortuna! ¿De qué sueño he despertado?
¡Que escena se ha trocado tan distinta!

Ore. Tal es el sueño, y tal la horrible escena,
que te puede insultar mi justa ira
tanto como tu enojo me ha insultado.
Eleva ahora al solio à mi enemiga;
aun de haberte mirado me averguenzo:
y espero, si, que aun llegue el feliz dia
en que por ti, y por ella, conociendo
quanto te cuesta una pasion indigna;
con mi perdon tu vengas à pedirme,
frenetico amador, en don la vida. *vase.*

Ala. Ah impostores! Ah reos inhumanos!
no os he de creer, no os sufro; no intimida
vuestras voces mi orgullo: aquesta espada
en ti empiece el estrago, y ella misma
oy me enseñe à reinar como Monarca.

Ner. ¿Cruel, cōtra tu padre el brazo animas?

Ala. Numenes soberanos, quien me impide
el impulso? ¡Que horror, que cobardía
el corazon me yela! Huye, Aladino,
huye de esta mansion de Circe altiva,
que te hace delirar, te hace que olvides
quien eres, quien has sido, y quien serias,
si la fuga tu planta no accelera
para salir de aqui. *Quiere irse.*

Ner. No salga, ò muera. *vase.*

Amur. ¿No salir, ò morir? Estrella injusta,
hai tormēto mayor con que me oprimas?
tal vez me espera el dulce idolo mio
llorando mi tardanza; y no permita
el cielo que el amor la haga funesta
aun para ella tambien. Cruel desdicha!
¿A donde estais ahora, amigos fieles,
que al lado mio no correis aprisa
donde me allane el paso con la espada,
ò compre con el oro la salida
de esta fatál māsiō? ¿Que he de hacer solo
contra tantos? Mas solo, aun todavia
soy amante, estoy ciego, tengo espada,
y de todo es capaz un alma osada. *vase.*

Jardin en el Palacio de Alexandria, atravesado por un brazo del Nilo. A la otra parte del rio fabricas del mismo Palacio, y à esta un arbol grande en un lado, sobre el qual pueda subir, y esconderse una persona. Debaxo de él habrá dos asientos de yerbas. Gemira sola, dentro de una barraca, que por el rio se va acercando à la orilla.

Gem. Gracias al cielo he llegado:
¿Mas que hay à que no se atreva
un desesperado amor?
Pues mi esposo no regresa
como prometió, despues
de tan grande espacio, llena
de afanes vengo à buscarle
dentro de esta mansion Regia.
Facil paso me dió el Nilo
desde mi alvergue en aquella
pobre barca. Ondas piadosas,
si hasta aqui fuisteis propensas
à mi amor, haced ahora
que presto à mi dueño vea,
y que le encuentre leal.
¡Ah cielos! quantas sospechas
esparce en mi corazon...
Su tardanza entre mis quexas!

¿Quien sabe si mi ribal
le ha complacido, y con ella
pierde las horas felices
que à mi me debe? ¡Oh funesta
imaginacion! ¿Quien sabe
si me usurpa su belleza
aquel corazon, y quantas
amargas lagrimas tiernas
podrá costarme este injusto
latronicio? ¿Pero mientras,
donde iré para no ser
observada, y donde inquiera
nuevas del idolo mio?
¡Mas que es lo que miro, estrellas?
¿No es el que viene Amurates,
aquel amante que en Creta
siempre odioso, è importuno
pretendia mis finezas?
Con él viene (no es error)
mi padre hácia la floresta.
¿Providos Numenes Santos,
habrá para mi mas penas?
Aqui no hai à donde huír
del desastre que me cerca.
Vé aqui un arbol tan frondoso,
que servirá de defensa,
para que el odioso amante
ni mi padre no me vean.
Amor, defiende en sus ramas
mi pasion, y mi inocencia. *sube al arbol.*

Salen Amurates, y Giuriel viejo Pastor.

Amu. Vén, reparemos, amigo,
la fatiga que demuestras
sobre estos verdes peñascos,
que tu narracion me dexa
confuso. Conque, llegaste
ahora mismo à estas riberas?

Giur. Ahora llegué: solté al viento,
desde las playas de Creta
las agiles velas doce
dias ha; y desde que cuentan
el rapto de tu Gemira,
quatro diferí mi ausencia.
Fuí à buscarte, y me informaron
que Nerostán con gran priesa
te llamaba à Alexandria.

Amu. ¿Y como sabes que aquellas
viles almas que la roban
hácia el Egipto navegan?

Geur. Me informé de Marineros,
que el traidor baxél encuentran
en el mar.

Amu. Bella Gemira;
donde estás? ¿Que suerte adversa
te separa de mi? Esquiva,
y sorda à mi amor qual lo eras,
te amo no obstante, y en mi
no hai paz quando asi te pierdas.
Si exíste dentro de Egipto,
mi pasion se lisongéa
de la esperanza de hallarla,
si en los brazos estuviera
de Aladino, à quien se rinden
las superiores bellezas
del Asia: yo no sospecho
que aquella hermosura griega
à quien adora rendido,
mi amada Gemira sea.
Horrible caso seria
que yo mismo antes de verla
se la robase à él, y luego
la hubiese enviado à Persia.
Pero no, no puede ser:
si exíste en Egipto, es fuerza
que yo la halle de improviso.
Demasiado me interesa
que à verla ni hallarla lleguen
ò bien mi hermano, ù la Reina,
y te explicaré la causa.

Giur Ya supe quanto pudiera
de ti, para custodiar
(bien que inutil diligencia!)
el arcano que me fias;
y él me obligó à que emprendiera
mi navegacion, por solo
darte la improvisa nueva
del destino de Gemira

Amu. Aun no sabes lo que es fuerza
que te diga: yo estoy cierto,
(como ya alguna sospecha
tuya me hizo creer) en quanto
à ser hija de la Reyna
Gemira, y serlo Aladino
de mi hermano: vi la prueba,
y el fin de tan venturoso
engaño; alabé la idea,
y solamente me ofende
no ser participe en ella;
mas por vengarme he dispuesto
que en breves instantes vean
quien entre nosotros es
mas digno de la diadema.

Giur. ¿Y qué harás de tu amenaza,
por que no alcanzo à entenderla?
Amu. Nada ocultaré à un amigo
como tu, cuya prudencia
envejeció antes de hacerse
ciudadano de las selvas
en las Cortes mas sublimes.
No hai aqui alguno que pueda
escuchar el grave arcano
que mi amistad te encomienda.
Aquella reciennacida
infanta, que se me entrega
por mi hermano desde Egipto
como hija suya; es la mesma
que yo te fié en las faxas
pueriles. Mas quando à Creta
mandó mi hermano à buscarla,
para elevarla à ser Reina,
le conduxe en su lugar
à Orefisa mi hija bella,
sin que ni ella, ni otro alguna
tan grande secreto sepa,
que fiado à nuestros pechos,
mejor ocasion espera.
Giur. Veo, y observo, mas yo
no comprehendo que pretenda
con este engaño segundo,
que harto fatal se me muestra,
de la Reina, y de tu hermano.
Amur. Vengar el primero: si à esa
de Nerostán supuesta hija
une Aladino su diestra,
veo en el solio à mi amada
hija unica; si no acepta
su enlace, yo con Gemira
me caso aunque me desprecia,
hago publico su origen
verdadero, y sin reserva,
sosteniendo sus derechos
con las armas, y la guerra
de quien en Africa soy
el arbitro que respetan;
con mi valor, y su mano
me abriré al trono la senda.
Giur. Protexa el cielo tus bastos
designios. No se que pueda
pensar:- *cae un gran ramo del arbol.*
Amur. Oh cielos!
Giur. Señor,...
Amu. Separemonos apriesa
de aqui, que ahora mismo este arbol
gomeaia,
sobre nosotros flaquéa. *se levanta.*
Giur. Pues no ha desgaxado el viento
la verde rama.
Amu. Qué fuera
que entre sus ramas oculto
algun explorador tenga *mirando al arbol.*
de mis designios? No hai duda.
Sus ropas le manifiestan;
pero asi en él mi secreto
muerto, y sepultado queda.
Tirando un pistoletazo
Cae Gemira del arbol fingiendose herida cubriendose el pecho con la falda del vestido, como si apretase la herida, y corre vacilando à sentarse debaxo del arbol.
Gem. Socorro, cielos! Yo muero:
¿Alma vil, de esta manera
me amabas? Saciate, bebe
del roxo humor de mis venas,
ò apartate de mis ojos,
traidor; tu imagen funesta
separa, que mientras muero
à donde yo no te vea,
con ser horrible la muerte,
me la harás parecer bella.
Finge morir cubriendose rostro, y pecho.
Amu. Oh Dios! Amigo, que es esto?
Giur. Esta es Gemira: su tierna
voz no me engaña, y tu mismo
la has muerto.
Amur. Barbara Estrella!
Demasiado es verdad que
mi amada Gemira es esta.
¿Y por que la conduxisteis
aqui, Deidades adversas,
para que yo por mi mano
tan cruel muerte la diera?
Oh fruto horrendo, y terrible
de mis secretos, si llega
à costarme tan preciosa
vida! ¡Quanto mejor fuera
que le supiese primero
que sepultarle en su mesma
sangre! Barbara homicida
mano, que sangre tan bella
viertes, porque no derramas
quanta mi corazon tenga?
Pero antes à su Deidad
exânime, se le ofrezca
un sacrificio de llanto;
una mirada siquiera

se imprima sobre su rostro,
que permite ver apenas.

Giur. Ah! no, Señor, que de entrambos
mi justo temor recela.

Dentro Ala. Dexadme huir, ò mi acero
hará en vuestros pechos puerta *sale.*
¿Sagrados cielos, que miro?
¿Quien de vosotros se empléa
en conducir hasta aqui
à esta joven estrangera,
y como asi duerme, ò yace
de un deliquio impune opresa?

Amu. Señor, muerta es la infelice,
y su homicida es mi diestra.

Ala. Indigno, muere tambien
tu.

Gem. Dueño mio, no muera *se levanta impetuosa.*
que estoy viva, y este engaño
para amarte me reserva.

Amu. ¡Viva! ¡Ah falsarias mugeres!
?Y quien ha de haber que os crea,
si aun sabeis fingir la muerte?

Gem. Yo no veía otra senda
para escapar de tus manos.

Amu. Pues aun será inutil esa;
y no se oponga Aladino
à los derechos que alega
mi razon contra esa injusta.
Ella es mi esclava; de Creta
me la robaron, y ahora
que hace el destino que vuelva
à mi poder, de su fuga
ha de temblar ella mesma.

Alad. Tiemble el feroz Amurates
de ella sola, que es su Reina.
Yo la hice robar, yo soy
su esposo, y son mis ideas
elevarla al Regio trono,
y si en Egipto se encuentra
alguna alma desleal
que à contrastarme se atreva,
confundiendo à mi Gemira
con las vulgares bellezas,
hable conmigo, y mi espada
le sabrá dar la respuesta.

Amu. Te haré ver, viven los cielos,
que aun Amurates no lleva
el acero para ornato,
si à irritarle te condenas,
y que quando à él se remite,
ninguna razon aprecia.

Ala. Detente, ò mueres.

Gem. No, esposo;
que à triunfar de su fiereza,
no es menester el valor
de tu generosa diestra,
ni el relampago de acero,
que contra sú orgullo empleas.
Yo tengo en mi mano el rayo
mas cruel; mi pecho alverga
el duro golpe horroroso
de tu venganza tremenda,
que le han de hacer desear
la muerte, por que le sea
triste postrimero asilo
à la exêcrable verguenza
de su crueldad. Desnuda
esa cuchilla sangrienta,
terror del mundo, que yo
te desafio à la empresa,
pero han de ser los testigos
de la lid fatal, y acerba
tu Reina, y quantos Monarcas
en el Africa gobiernan:
serán mis armas, un labio
que moverá la inocencia:
un sencillo corazon,
una intrepida franqueza,
y un secreto declarado
por ti, que me lisongea
de que triunfante, querida
de Aladino, y despues Reina,
me has de ver à tu pesar
oprimir tu cerbiz fiera,
diciendote: Alma enemiga,
si la vida te interesa,
aprende à obrar bien, ò aprende
à callar quando se ofrezca. *vase.*

Amu. Amigo, yo soy de yelo:
¿Donde huiré de igual sorpresa?
Mas mientras viva mi orgullo,
mi corazon no flaquea.

Giu. Sino huyo el riesgo presente,
mal hice en venir de Creta. *vase.*

Ala. Cielos piadosos, à tiempo
con amigos, y preseas,
para salir del Palacio
me abristeis la feliz senda
donde pudiese salvar
al idolo mio. Bella
Gemira, voy à seguirte
para que el secreto entienda

que

desnuda? ¿Llegó à insultarte
este infiel?
Mac. A tus pies pido
no perdon, si que me mates.
Orden tuve del Visir
de que por mi mano acabe
los alientos de Gemira,
y yo... Señor, no me mandes
decir mas, por que mas réo
no comparezca en tu exâmen,
ò antes dexala, Señor,
que mis transportes audaces
sepulte en la sangre mia.
Ala. Levanta, y calla, cobarde.
Premio sería la muerte,
y à ti debo castigarte
como merece un traidor.
Vé à Nerostán al instante,
dile que es muerta Gemira
por tu mano, y su cadaver
en el Nilo sumergido.
No te atrevas à escusarte,
ni à decir una palabra
de mas al Visir ni à nadie;
por que tu vida ha sér
quien mi secreto afianze.
Mac. Tú verás en la obediencia
acreditar mis lealtades. *vase.*
Gem. ¿Por qué finges este engaño?
Ala. Sigueme, y sin preguntarme
verás donde se dirigen
la sagacidad, y el arte. *vase.*
Gem. Si puede contra nosotras
tanto el odio, y el corage,
miseras de las mugeres
donde no haya hombres amantes!

ACTO III.

Sala en el Real Palacio de Alexandría.
Zoema, Amurates, y Nerostán.

Amur. Treguas concede al llanto,
Señora, y fin à sentimiento tanto.
El Rey convaleció de la penosa
fiebre de amor, ò en ella ya reposa.
Llamará à mi sobrina al Regio trono,
tendrá paz el Egipto, y en su abono
logrará el Reyno en él, justo, y benigno,
de su Real Padre un succesor muy digno.
Yo he trazado un ardid, que no podia
faltar, y me hizo de él la astucia mia,
si leal consejero, muchas veces
mejor executor.
Zoe. Bastante ofreces.
Todo debo creer, pero no veo
ni rayo de esperanza à mi deseo,
ni conseqüencia alguna,
que no haga tu promesa inoportuna.
Siempre firme, constante, y obstinado
en su resolucion à mi hijo he hallado.
Le conduce Orefisa à su aposento,
donde pretende, à fin del vencimiento,
todo el arte probar del sexô hermoso;
mas no sé que esperar del peligroso
amor que à la estrangera su fe jura.
Amu. No sabrá donde exfste su hermorura.
Ner. Y tú lo sabes ya?
Amu. Si lo ignorára,
jamás en tal lenguage me explicára.
Ner. ¡Jactancioso imprudente! *aparte.*
Zoe. ¿Y que fué de ella?
Amu. Esta es, Señora, la promesa bella
de quien has de esperar mejor efecto.
Yo hice que la robasen con secreto.
Ner. ¿Tú la hiciste robar?
Amur. Yo: à una orden mia
quando menos expuesta se creía
del Serrallo la extraen con violencia,
y entrando en un navío à diligencia,
navega ese elemento
con rumbo al Asia favorable el viento,
à donde se la entreguen de mi mano
al Rey de Persia en donde.
Ner. ¿Al Rey Persiano?
Amu. ¿Qué, aun pretendes dudar?
Ner. ¿Ella navega?
Amu. Si.
Ner. ¿Y al Asia caminaba? ¿Quando llega?
Amu. Tú ironica osadia me resiente.
Quando digo que vá...
Ner. ¿Va ciertamente?
Amu. Si me haces olvidar el deber mio,
sabré hacerte mas cuerdo.
Ner. Yo me rio.
Am. Vive el cielo que haré, si él no te asiste,
prueba en tí de mi enojo.
Ner. ¿Y tu la viste?
Amu. Si no la he visto yo, bien satisfecho
estoy de quien al mar con ella se ha hecho
y antes conmigo habló: de accio tan cierta
bien me puedo fiar.
Ner. Fiate. Es muerta.
Zoe. ¿Muerta? ¿Qué es lo que dices?

Amu. Son errores,
tal vez, por usurparme los honores
de tan dudosa empresa. ¿Y quien podia
haberla dado muerte?
Ner. Una orden mia.
Amu. ¿Pero como tu engaño à tanto llega,
si sé que vive aun?
Ner. Muerta navega *ironico.*
para el Persiano Rey con feliz viento.
Amur Enfrena, vil falsario, el torpe acento
el escarnio, y la risa; ò al instante
verás en esta espada fulminante
sin que tu edad respete ira, ni estrago,
preceder las heridas al amago.
Vé aqui hasta donde llegan
estos que de continuo al labio entregan
de amarga yél cubierta la insultante
risa: risa fatal, mui semejante
à la del basilisco, cuyo aliento
infesta plantas, flores, mar, y viento.
Risa falaz de pérfida siréna
que hace al sueño lisonja de la pena,
y aun el sueño en sus brazos, si se advierte,
tal vez juega, y se alhaga con la muerte.
Menos temo à un leon, à un tigre airado
quando esgríme las garras, è irritado
contra mi cruge el diente sanguinoso,
erizando la testa presuroso,
para decirme acaso.. no como estos
viles aduladores manifiestos,
fia de mi, que rio, y te soy grato:
mas guardate si puedes, que oy te mato.
No creo ya tus maxîmas risueñas,
mas ni aun por eso à delirar me empeñas
para darte razon. Sea muerta, ò viva
la estrangera beldad; la ley reciba
nuestro Rey de su amor, ò su abandono,
quite, ò eleve nuestra sangre al trono;
yo sé de mi quanto hice;
sé quanto puedo hacer, quanto se dice
sé de ella, sé de tí, de tu hijo, y todos
mas que juzgais, y puedo por mil modos
haceros ver, trocando la demora
quien sabe mas... Mas no es tiempo ahora. *vase.*
Zoe. ¿A donde vá? Qué dice? Ah qual despierta
mis tristes pẽsamiẽtos! Yo estoy muerta.
Los cielos, y los hombres se conjuran
para hacerme temblar. En vano apuran
mis ilusas ideas el efecto:
no està, como juzgaba yo, el secreto
reducido à los dos, pues aun tu hermano
tiene de él un vislumbre, aunque lexano.
¿De qué sirve callar si tanto sabe?
¿Para què se retarda un golpe grave
de quien tiemble Aladino, y no reuse
à una hija mia, que en sus brazos puse?
Quiero probar yo misma el golpe horrẽdo
sin dilacion alguna, y solo atiendo
à saber si la esclava se ha robado
por orden de Amurates à su amado
Señor, y al Asia guia su pié incierto;
ò si murió por orden tuya.
Ner. Ha muerto.
Zoe. ¿Y Machmut fué el Ministro?
Ner. Bien sé indicia.
Zoe. ¿Como usó tal rigor?
Ner. Miedo, y codicia.
Zoe. Mi hija viene. Repara en su hermosura
si no merece amor: tal vez no apura
aquel femenil fausto, que es bastante
à envilecer à un temerario amante,
sin que à si misma se envilezca; pero
agena en mi esta culpa considero,
pues yo no la he educado; y si pudiera
inspirarla mi orgullo; acaso viera
por trofeo el mas fixo
postrado à su hermosura tu mismo hijo.
Sale Ore. No me expongais, oh gran Señora, en vano,
al ultrage de un Principe inhumano.
La diadema desprecio,
si la debo lograr à tanto precio.
Declara francamente que mis ojos
no valen de su esclava los enojos,
y de esa alma servil mas bien se agrada
que de una Real consorte enamorada,
que à la humildad del llãto ha descẽdido
por él: su feroz pecho endurecido
no respeta la madre, el Reino olvida,
y solo por amarla odia la vida,
deseando mi muerte.
Zoe. ¿Y tu, qué hiciste en ocasion tã fuerte?
Ore. ¿Qué pudiera yo hacer? Me abraso en ira:
mil ultrages contra él mi labio inspira.
Dixe que era error vano
creer hijo de Real Madre à tal tirano;
que era bastante indigno de obtenerme;
que ha sido mi rubor el ofrecerme
su mano, y que bastaba

para un pecho tan vil la de una esclava.
Què no espere aplacarme en mi fatiga
jamás: que haré enemiga,
suya à su misma madre,
al Africa, al Egipto, y à mi Padre,
y que en tus mismos brazos, atrevida
quitaré à mi ribal la enorme vida.
Que en mi vengãza cielo, y tierra invocô.

Zoe. Dixiste bien; pero aun dixiste poco.
Ola: llamad al Principe al instante;
decidle que le espera un importante
asunto del reinar: que los soldados
cierren las avenidas apostados
por que estorben su fuga si se ofrece,
à no preceder mi orden. ¿Te parece
que deba tardar mas? ¿qué el servil miedo
dexe al tiempo el cuidado?

Ner. No.

Zoe. ¿Me puedo
fiar de tí?

Ner. Soy yo.

Zoe. ¿Y acaso se halla
remedio à mi dolor?

Ner. Espera, y calla.

Sale Alad. ¿Qué pretende de mi? Que asunto grave
del Reino à mi consejo solicita
fiar una Real Madre viuda, al lado
de su primer Visir, y su amada hija?
¿Tal vez, supuesto que hallo aqui erigido
el trono de mi padre, determinan
ambos tutores mios, que oy empieze
à reinar por mi solo? Que me digan
quanto de mi pretende su deseo,
que à todo asentiré, menos si aspiran
à que al propuesto enlace me sugete
baxo de una coyunda aborrecida.

Ore. A insulto tan cruel, ya, padre, es mucha
mi tolerancia, y ya...

Ner. Calla, y escucha.

Zoe. Aladino, soy madre; mas primero
soy Reina del Egipto: no, no: exija
el primero lugar la Madre ahora:
y sino sabe amarla quanto es digna
un hijo ingrato; al menos la respete.
Considera, hijo, en tu memoria misma,
la ultima voluntad inapelable
de tu padre, y tu Rey: antes que à vida
mejor pasára te eligió consorte
à esta honesta hermosura, noble hija
de Nerostán. Yo he sido la fianza
de su eleccion: lo es toda reúnida
la Region Africana, y quando ahora
por tus derechos no hai razon que exista
contra el querer de un padre, todo Egipto
te dice, calumniando tu osadia
mientras yo hablo en su nombre, y por su abono,
la esposa admite, ò bien renuncia el trono.

Ala. Ni la esposa ni el trono aqui pretendo,
si los derechos mios: mas no impía
confunda una cruel razon de estado,
ò una tirana ley mal advertida
con los derechos de naturaleza
los de mi libertad, que à eleccion mia
de mi corazon mismo arbitro me hacen.
Yo he nacido Monarca por mi dicha,
mas no he nacido amante, y amor solo
debe hacerme capaz de esta delicia
à su alvedrio: ¿Y qué derecho tienen
las sombras de los muertos ilusivas
sobre el amante afecto de los vivos
para que à placer suyo esposa elijan?
Ambiciosos, y estolidos mortales,
ved vuestro frenesi; ved conocida
vuestra debilidad. Miseras leyes
de humanidad, que à sojuzgar aspiran
à donde ya no exîsten; que aun muriẽdo
disponer à su arbitrio solicitan
de lo que no poseen, y en la tierra
intentan disfrutar eterna vida
quando acaba su termino, aunq̃ el mundo
se quexa de ellas, se resiente, y grita,
¿Sombras vagantes, que locura es esta?
Dormid en paz, y piense en si el que resta.
Si estas voces no estiende el padre mio
en la obscura ribera de la Estigia,
lleguen hasta su oído mis palabras;
oigà que digo à su consorte invicta,
à la regia garante de su extremo
querer, y à Africa toda reúnida,
que soy arbitro solo de mi mano,
y de mi corazon, que en mi se mira
el sucesor legitimo del trono,
y que olvide mi padre quien fué un dia
baxo el Regio dosél, que à su alvedrio
no admito esposa yo; y el Reino es mio.

Zoe. Insultador soberbio de tus grandes
predecesores, tu la admitirias,
sino ardiese tu pecho en otra llama:
pero yo me avergüenzo al ver la indigna
comparacion; y en quanto à ti me admiro

como esperas lograr horas tranquilas
al lado de la esposa que pretendes
viendo tu rostro infiél (quasi diria
al oir tus perjurios) señalado
con el triste borron, la marca iniqua
de un fatal parricidio? tiembla, injusto,
tiembla (oh rebelde à un padre à quien
irritas)
de la sombra paterna vengadora
que siempre la tendrás baxo tu vista.
Tiembla, aleve, à las furias del abismo,
de quien has de esperar que conmovidas
la horrida sanguinosa faz sacudan
al fatal himenéo. ¿Y ellas mismas,
quien sabe qual destino la preparan
à la esposa que necio solicitas,
por que volviendo à ti de horror bañáda,
sobre el talamo real yerta, y rendida,
donde esperes solaces de himenéo,
solo abrazos de sangre te aperciba?

Ala. A la pueril creencia, gran Señora,
ese horror mugeril, acaso eriza
el cabello, no al Heroe. Si mi amada
debe morir por mano executiva
de las sombras de Averno, y no por otra,
no recelo el peligro de su vida.
Mas muera, en fin; no dexaré de amarla,
y siguiendo su planta fugitiva,
sobre el leño del pálido Acheronte,
la usurpará à las manos atrevidas
de las barbaras furias mi deséo,
como à Euridice bella el tracio Orfeo.
La hija de Nerostán jamás espere
conseguir mi aficion: por ser su hija
la odiaria no mas; y porque intentan
hacerla con violencia esposa mia.
No te ofendan, oh Reina, mis repulsas:
y si acaso tu enojo me concilian,
mientras para vengarte de mi orgullo
del Letéo en la obscura, y triste orilla
la sombra de mi padre se apercibe,
yo voy à ver si el dueño mio vive.

Zoe. Tente, soberbio, que de aqui no sales,
sino que mi precepto lo permita.
Ya que agregas tambien à la amenaza
la insultadora burla, escucha, y mira,
pues ya oiste à una madre, que ahora te
habla
en otro estilo aqui, tu Reina misma.
Admirame en el trono para hablarte
qual debo: ¡Feliz trono en que algun dia
tanto explendor se repartió à la tierra
por la Real mano de mi esposo invicta;
y ahora à frente de un hijo al padre opu-
táto rubor me cuestas, tu me inspira (esto
valor à que sostenga tus derechos
contra un usùrpador. Ya precipita
desde el solio vibrado por mi mano
sobre esa frente barbara, y altiva
un golpe, que es capaz de estremecerte.
Ya que vivos, y muertos desestimas,
despreciádo los hombres, y aun los Dioses
ebrio de un amor vano: ya que insistas
en no admitir la esposa que te elige
un padre; tén valor, que se desliza
el horroroso golpe à tu despecho
que el laurel de tu sien arranca, y quita;
y por que desde el sòlio precipites,
hace que sea mi labio el que te diga,
pues lo exîge tu injusto desvario,
sabe, cruel, que no eres hijo mio.

Ore. ¿Padre, que es lo que he oido?

Ner. Escucha el resto.

Ala. ¿Yo no soy hijo tuyo? Es fantasia,
es ilusion, es sueño que tu inventas
para aterrar mi amor, que le imaginas
niño, siendo mui heroe, ò à lo menos
para hacer que vacile combatida
la diadema Real sobre las sienes
de un nuevo Rey, porque al estrago gima
el Egipto esparciendo la zizaña,
y despertando el fuego à las antiguas
discordias. Para creer que yo he nacido
al cetro, no es forzoso que lo diga
una madre; bastante lo asegura
mi corazon, esta alma que me anima,
y este regio caracter de mi frente,
que, yà extinto mi padre, dá osadia
à mi labio filial para decirte
que ha de ser mi consorte quien yo elixa;
quê ha de reinar sobre ese mismo trono
sola quien yo admitiere; y quien aspira
oponerse à mi gusto, que se guarde,
que la mano de un joven, algun dia
hará temblar los Heroes à tus ojos.
Y agradecele al cielo que yo insista
à pesar de protextas en creerme
tu hijo. Sino juzgase la fe mia
deber guardar respeto en ti à una madre
dixera: ¿Que derecho solicita
esa Real Meretriz, que al padre mio
no dió varonil prole esclarecida

que recatas, pero voy....
(ai de mi !) à hacerte funesta
participe de mis males
de mis venturas, y penas.
Ya no soy Mornarca, pero
soy tu esposo aunque fallezca :
te amo ; y si puedo vivir
de amor con tan dulce prenda,
no puede hacer infelice,
por mas rigores que vierta,
ni la ojeriza del cielo,
ni el horror de las estrellas.

ACTO IV.

Aladino, Dadián, y Machmut.

Ala. Aqui no hai tiempo que deba
en consejos malograrse.
Yo no soy ya vuestro Rey :
una muger con sus artes
me usurpa el cetro, mas nunca
el amor podrá usurparme.
Ya se declaró su engaño
à Nerostán. Amurates
sabe que à despacho suyo
él mismo pudo engañarse,
y que no es muerta, oprimida
ni robada por los mares
mi dulce esposa : el Palacio
contra ella en furores arde.
¿Y qué partido à nosotros
nos queda en tan duro lance
siendo los tres, infelizes
reos de un crimen iguales ?
Dad. El que à los desesperados
de comun suele quedarles:
mira mi exemplo: desnudo *lo executa.*
el acero, arrojo al aire
su roxa funda, y al cielo
juro jamás embainarle
hasta que te vea Rey
de Egipto, ò à los umbrales
del trono à todos nosotros
bañados en nuestra sangre.
De la orden mia dependen
los Egipcios estandartes ;
se armarán en tu favor
Arabes, Numidas, Cafres
y Garamantas al eco
de un clarin que el viento rasgue ;
manda, confia en Dadián,
y arrestate à todo trance.
Ala. ¿Qué dice Machmut ?
Mach. Te jura
en los temidos altares
de esta espada obsequio, y fe :
y à juramento tan grave
no puedo faltar à donde
me amenaza inexôrable
Nerostán. Oro, y amigos
no faltan para elevarte
al Dosél. Decida un dia
nuestros hados favorables,
ò adversos. Piense Aladino
en su idolatrada imagen;
piense en el Visir, Dadián,
y al primer toque arrogante
de las caxas, yo me empeño
en desarmar à Amurates.
A un relampago terrible,
que despidan fulminantes
estos tres rayos, serás
el Rey que en Egipto mande.
Y por que no en las palabras
se confunda mi corage,
piensa Gemira, y advierte
si acudo à desempeñarme. *vase.*
Dad. Quede à tu cargo su vida,
Señor, que en este parage
verás quien son tus amigos
dentro de breves instantes. *vase.*
Ala. Si me asiste su valor,
no hai recelo que me pare,
que tres almas despechadas
han de dar leyes à Marte. *vase.*

Zoema, Nerostán, y Amurate.

Zoe. No sé que pensar de entrambos,
sino que en tan duro lance
estais ciegos, ó me haceis
la traicion mas exêcrable.
Envidia, envidia à quien reina
frenetica plebe infame,
y mira à qual fin conducen
los destinos à una madre
por sus dos ministros, llenos
de fe, de valor, de grandes
promesas. Nada resuelve,
nada intenta, y nada sabe,
que à engrandecer à una hija
sobre el Regio trono baste.
Ner. Mas.
Amu. Gran consejo, y sucinto,
que en una silaba cabe.

Zoe. Las execuciones quiero,
que de consejos sagaces
está lleno el mundo, y no
veo el fin. ¿Como se abre
Aladino la vereda
que del Palacio le saque
contra mi orden, quando tu
me dices que le arrestaste?
Ner. Con el oro, y los amigos
Amu. Dí con tu estolidéz antes,
y dirás mas verdad. Si ese
joven audaz y arrogante,
huyendo à toda violencia
incauto en este parage
no me hubiera sorprehendido,
qué golpe tan formidable
proyectaba yo!
Zoe. Y con todo
nada hiciste, ni intentaste;
nada emprendiò Nerostán,
è impune supo burlarle,
y él no matar à lo menos
al traidor Machmut cobarde.
Ner. Flema.
Amu. ¿Hasta quando el castigo
de esa esclava ha de aguardarse?
Ner. Hasta que por ti robada
navegue à Persia.
Amu. Bastante
sé qué respuesta debia
oponer à tus audaces
satiras, si este respeto
mi brazo no embarazase.
¿Quien no está sugeto à errar
de quantos viven? Mas cae
mi fe en el yerro, porque
no supo lo que ahora sabe.
Ner. Nada.
Amu. Tanto sé que todo
es capaz de horrorizarte.
Vi la Esclava que Aladino
por mano de sus parciales
desde las playas de Creta
robó, y conduxo à estos mares.
Sé su nombre, sé su patria,
su obscuro origen, su infame
malicia Griega capaz
de hacer dudar las verdades
mas visibles. Yo debiera,
gran Señora, abandonarte
à sus astutas ideas,
solo por que te librase
ese que tiene previsto
qualquier atentado grave;
mas soy Amurates; debo
à mi Reina estas lealtades:
todo es debido al amor
y al deseo de una madre,
que establecer solicita
su hija unica sobre el grande
digno asiento que ocuparon
sus abuelos inmortales.
Por esto nada pretende
mi sumision recatarte,
aunque se haga sospechosa
mi fe. Una trama exêcrable,
Gemira enseña à texer
à Aladino, con que alcance
à ti seducirte, hacerse
creer hija tuya; llenarle
al Egipto de malignas
imposturas, una sangre
vil ensalzar sobre el solio,
la Griega infiel usurparme,
y hacer que tu por tu mano
à tu hija querida mates.
Yo no pido à mis palabras
el credito que he de darles:
un fiel confidente anciano
de justa equidad probable,
informado del suceso
él mismo vino à avisarme.
Ahora quiero introducirle,
y le abandono al exâmen
vuestro: vedle, preguntad,
oid, y sed vigilantes.
venga ahora à descnbrir. *aparte.*
ser su hija, que será en valde. *vase.*
Zoe. ¡Santos Numenes celestes,
quan estraños, quan variables
sucesos! ¿He de creer,
ò he de dudar en tal lance
de la descubierta insidia
que un hijo tuyo me hace?
Ner. Cree, mas luego...
Zoe. ¿Qué luego
si lo asegura Amurates?
Nor. Yo le conozco mas bien
que tu.
Zoe. Que aspire à engañarme
no temo, quando un testigo
para probanza me trae.

Ner. Lo veremos.
Sale Giu. Gran Señora,
à vuestras plantas Reales
me envia Amurates.
Zoe. Llega,
y habla sin intimidarte.
Ner. Perdona, que yo podré
mas bien que tú exâminarle.
Giur. Exâminad; que impostura
ò malicia en mí no caben.
Ner. Pocas palabras.
Giuri. Aquellas
que gusteis.
Ner. ¿Qué exercicio haces?
Giu. Pastor.
Ner. ¿Tu nombre?
Giu. Giuriel.
Ner. ¿Los años?
Giur. Sesenta.
Ner. ¿Y naces?
Giu. En Creta.
Ner. ¿Dentro de Egipto
que buscas?
Giur. Una hija errante.
Ner. ¿Es tuya?
Giu. Tal la he criado,
mas no lo es.
Ner. ¿Donde la hallaste?
Giur. En las selvas.
Ner. ¿Es su nombre?
Giur. Gemira.
Ner. ¿Edad?
Giur. No cabales
tres lustros.
Ner. ¿Y está en Egipto?
Giu. Á Alexandria la traen.
Ner. ¿Cómo?
Giur. Robada.
Ner. ¿Por quien?
Guir. Por tu hijo.
Ner. ¿Que es su dictamen?
Giur. Hacerla su esposa.
Ner. ¿El modo?
Giur. No sé.
Ner. ¿Y no obstante?
Giur. No obstante,
no há mucho con un puñal
al pecho quiso obligarme
à confesar que en los paños
pueriles me la entregase
tu hermano; y que él me dixese
que era de la Reina, amable
hija unica, por temor
del Rey cambiada al instante
de su nacer con tu hijo.
Que de aqui tramó Amurates
el engaño para que
à su hija Orefisa ensalcen
en el trono; y que la pena
del engaño detestable
recaería sobre mí,
si à ti no se declarase
quanto estas oyendo
Ner. Vete,
que yá he entendido bastante.
Giur. Giuriel, y Amurates mueren, *apar.*
si este artificio no vale. *vase.*
Zoe. Tú crees haber entendido
de ese pastor quanto baste,
y yo no entiendo otra cosa
mas que aspirais à engañarme
todos, y quizá el primero
engañador exêcrable
eres tú.
Ner. ¿Yo?
Zoe. No te escucho,
y es inutil quanto hables.
Te interesa demasiado
un hijo ¿Si à error tan grande
impunemente se atreve,
qué mucho que se adelante
à usurparme el cetro?
Ner. Es falso.
Zoe. Es verdad; mas mi corage
no sufrirá que lo sea.
Muger qual soy, sabré amante
defender con mis derechos
los derechos paternales
de mi hija: con solo un golpe
desataré el nudo infame
en que me tienen ligada
el tio, el hijo, y el padre,
venga Aladino; Gemira
venga à sostener delante
de mi el mal urdido engaño:
Yo sé mui bien en tal lance
lo que debo executár
de uno, y otro.
Ner. Espera.
Zoe. Es tarde:
No aguardo mas dilacion.
Ner. Oye.

Zoe. Es en vano escucharte.
Dexame aqui sola, y vete.
Ner. Usados impetus graves
de su colera! La dexo,
mas velaré vigilante
para conservarla el trono. *vase.*
Zoe. Hija infeliz de igual madre,
bien se vé que en desagrado
del destino cruel naces.
Solo por amor materno
tirana tuya se hace
al nacer tu madre misma.
Cambió tu cuna al instante
con privado nacimiento
dandole à otro tus realces,
teniendote à ti lexana,
y aun de ti misma ignorante.
¡Ah! quantas veces tembló
por ti! su llanto implacable
quanto destruyó tu vida!
y en abismos de pesares
fluctuando las tristes noches,
y los dias entre afanes,
solo por hacerte Reina,
juzgó aplacar la constante
indignacion de los hados
contra ti, pero fué en valde.
Quando à mi te llamó, y tú
vuelves à los maternales
brazos, vé aqui al mejor tiempo,
que mi esperanza deshacen,
y aun el nombre de hija mia
solicitan usurparte.
Impostura vil, yo haré
que en vano se le contrastes.
Venga el que espera triunfar
con tan torpe engaño infame,
y exâmine, porque conste
à las futuras edades,
à quanto llega el amor
en el pecho de una madre.
Sale Ge. Augusta Reina, à vuestras Reales plantas,
sufrid por un instante una estrangera
que....
Zoe. ¿Qué intentas? ¿Quien eres? Alza, y dilo.
Ge. El popular murmullo, heroica Reina,
grandes asuntos habla de ti misma.
Tu hijo yá no lo es por que desprecia
à la que tú pretendes que idolatre,
è idolatra rendido otra belleza
bastante digna de él. Esta infelice
queda por solo amor al odio expuesta
de ti, de Nerostan, y de Amurates,
que basta todo à que piedad merezca.
Esta misera, en fin, que por amante
en el curso de un dia se vió embuelta
quatro veces en sombras de la muerte,
halló piadoso el mar, halló en la tierra
clemente el fuego, y mas piadoso, ha visto
el acero fatal en mano agena,
que el corazon feroz de sus ministros,
y aun el tuyo tal vez. ¿Qual es la ofensa
con que te injuria esta infeliz amante,
para odiarla con ira tan sangrienta?
si otro que amor no há sido su delito,
permite que averigüé Heroina regia,
si has amado jamás; y que te diga
si eres muger, si has sido madre tierna,
y si de humanidad oyes las voces;
que no aborrezcas à quien no conoces.
Zoe. Bastante la conozco, y he entendido
que nació vil, que asi se educó en Creta;
que navegó al Egipto para hacerse
de qualquiera impiedad infame réa;
que à quien yá no es mi hijo usurpa el Cetro,
que es ribal de mi hija, y no respeta
los paternos derechos que la exâltan,
por q̃ trono, y esposo aun tiempo pierda.
Yo no conozco à quien por ella me habla,
pero la juzgo en fin, no mejor que ella.
A la infiel Griega vil dieron la vida
el incendio, el acero, y la tormenta,
por que se reservase à mis rigores
de su atrevido error la justa pena.
Para que sea digna de mis odios
basta, sin otro exceso que me ofenda
en la parte mas tierna de mi alma,
quando un arcano à descubrir me fuerza
que oy decide de mi hija, y que la usurpa
de su yá extinto padre la diadema.
Aborreceré siempre à esa villana
morirá antes que el dia se fenezca;
muerta la quiero, aun si morir debiese
por mi mano; y quien me hable en su defensa,
separese al instante de mis ojos,
ò aprestese à morir primero que ella.
Ge. Aqui estoy à la muerte resignada,
muerte, en fin, de tu mano siempre acerba,

y

y abrazada à tus pies que humildemente
con mis lagrimas baño, si me acuerdas
una gracia que debo suplicarte.
De esa que à tus rencores se vé expuesta,
de que detestas, y tanto desconfias,
lee primero ese escrito, y despues muera.

Zoe. ¿Yo dignarme de leerle? A tanto orgullo
asciende una villana alma plebeya?
Pero lea este pliego por su daño,
y mi justo furor el mismo encienda.
„ Madre, tú „ ¿Con quien habla esta atrevida?
„ engañada te ves de aquel que piensas
„ sér mas leal. No es tu hija la que trae
„ el perfido Amurates desde Creta:
„ el pretende elevar al sacro solio,
„ su sangre, ò para si solo proyecta
„ la idea de usurparle impunemente,
„ en tanto que à grangearse las finezas
„ de tu hija verdadera él mismo aspira,
„ y si ignoras quien sea, esta es Gemira.
Vé aqui el maligno, y temeriario engaño
que Amurates previó, y nos manifiesta
su anciano confidente. Finja ahora,
para que me descubra sus cautelas
esta infeliz, y ponga en poder mio
à Gemira.

Gem. ¿Señora, que respuesta
dás à una muger triste, que confia
en tu piedad, y à sus auxilios ruega?

Zoe. Aqueste pliego tuyo, grandes dudas
de que ya tuve indicios me revela,
mas de la ignota mano que le envia
esta verdad exige mayor prueba.

Gem. A qualquier prueba estáGemira prõta.
Se ofrece à sostener aun en presencia
del perjuro Amurates quanto escribe,
quanto de él ha entẽdido, quanto encierra
el pecho de Giuriel, que no lo debe
negar si en su nevada frente ostenta
de rubor honorifico una sombra;
y si teme las iras justicieras
del cielo, que sus maxîmas contrasta
en venganza tan digna,

Zoe. Eso me basta.
Si à tanto se resuelve, que Gemira
venga, y fie de mi, pues mas desea
mi amor el desengaño que ella misma,
y que el vil impostor sufra la pena.
Suspiro el feliz punto en que delante
del traidor alevoso estrechar pueda
madre engañada al tierno pecho mio
la dulce hija que adoro, y en sus bellas
mexillas imprimir el labio amante,
bañado con las lagrimas maternas,
que amor produzca, y la pasion dirija.

Gem. ¿Pues qué aguardás, Señora? Yo soy tu hija.

Zoe. ¿Tu eres? ¿Porque al momento no lo dices?
¿Y porqué diferir por fuego, ù tema
el placer de abrazarte? ¡Oh Santos cielos!
Oh instante afortunado! Mi terneza
seria mui ingrata si tardase
en acoger tal hija, como es deuda
de una madre igual mia..:Ola Soldados,
salen.
à ese tronco se ligue esa infiel Griega,
lo executan.
y arme mi mano un yerro vengativo.

Gem. Santos cielos, socorro. ¿Asi, oh gran Reina,
sobre seguro à una inocente engañas?
¿Y asi acoge à una hija, madre fiera,
el maternal afecto que en ti se halla?

Zoe. No profanes tan sacro nombre; calla.
Has llegado una vez engañadora
muger vil, y has venido por ti mesma
à mi poder. Que venga, y que te libre
un frenetico amante, la soberbia
de un garzon temerario. Ama à Aladino,
implora en tu socorro las ideas
de tu soñado fausto, y con él solo
te opón ahora à la feliz cadena
que à una hija destinaba su himenéo,
à quien usurpas, nombre, honor, y señas
con el deseo de vivir impia,
y morir infelice à la ira mia.
Muere como viviste, alma villana,
que en mi no siento horror de manchar fiera
con tu sangre mi mano, pues no sientes
tu el de haber usurpado la diadema
del Egipto à mi sangre, y reducido
à una madre al rubor de que se entiendan
los engaños del pròvido amor suyo:
la hija q̃ en mi alma vive elReino pierda,
pase à los mas infames herederos
su corona; yo misma vaya opresa
entre Egipcias esclavas al Serrallo
de un nuevo usurpador; mas tu, perversa,
del

del odio mio, que tu error te adquiere
paga la pena, y à mis plantas muere.

Gem Moriré, mas suspende un solo instante
la ira, por que muriendo impetrar pueda
de ti solo el perdon de mis errores,
ya que à piedad mi llanto no te mueva.
Los hombres, y los Numenes sagrados
reclamo por testigos de quan cierta
es mi verdad, de que eres engañada,
de que me atrevo à sostener resuelta
al soberbio Amurates sus traiciones;
y quando en lo mas leve mi voz mienta,
no logren paz mis palidas cenizas
debaxo de la tumba; y mi funesta
sombra vangante no halle algun reposo
aun entre los Cipreses que rodean
los amenos Elisios: ¿Y que sirve
jurar, quando la fiel naturaleza
debe hallarte, Señora, en favor mio?
Escucha el movimiento, y la vehemencia
del corazon; repara si en mi rostro
de mi ya extinto padre adviertes señas,
y recoge estas lagrimas amargas,
suficientes, si bien lo consideras,
à orar en mi favor. Quando no baste
à conmoverte el llanto; vén, empléa
esa formidable hasta en mi fiél pecho:
vibrala en fin, divida su violencia
un corazon bien digno de ti misma,
que ya vanaglorioso se demuestra
de morir por tu mano, y de volverte
aquella sangre que hubo de tus venas:
sangre real, è inocente, que gustoso
derrama, solo à precio de que pueda,
madre mia, morir con este dulce
nombre en mi tierno labio, y me concedas,
por suavizar tal vez mi aspera suerte,
ahora un abrazo, si despues la muerte.

Zoe. ¡Qué voz... ¡Qué llanto (ai triste!)
Qué interiores
tumultuosos afectos... Qué violencia!...
Ah! importunas en vano. No te escucho
debilidad del sexô. La infiel muera.

Al herirla sale Aladino conduciendo á Orefisa con violencia, y soldados.

Ala. No irrites mi furor: ya me he informado
de todo: ven conmigo.

Zoe. Injusta estrella!

Gem. Suerte feliz!

Ala. Oh cielos! ¿Pues qué es esto?
¿Cómo una madre tal crueldad ostenta
contra una hija infelice?

Zoe. Esa es mi hija,
y en vano la impostura que interesa
tanto à tu amor produce su perfidia.
Morirá por mi impulso.

Ala. Las dos mueran.
Ola, soldados mios, à ese tronco

La atan à un tronco en frente de Gemira.

ligad presto à esa misera belleza:
veamos de nosotros quien mas diestro
en el arte de herir se manifiesta.

toma una lanza.

Ore. Madre mia, en que yerro he delinquido?
¿Que parte corresponde à mi inocencia
en los ciegos furores de este ingrato?
Y aun la muerte será menos acerba
que el dolor de perder eternamente
la gloria de ser tu hija. ¿Desde Creta
para tan deplorable fin me llamas
al Egipto? ¿Son estas las promesas
nupciales? Son aquestos los maternos
abrazos, que en la flor de mi edad tierna
Himenéo, y Amor me reservaban?
¿Madre, cruel, qué imaginais suspensa,
sin mirar à lo menos à una hija?
Si la sangre que late en estas venas
es suficiente à disolver las dudas
en que estais fluctuando; que se vierta,
que una muerte cruel no me es impia,
por que vivais gustosa, madre mia.

Zoe. ¿A qué guerra de afectos encontrados
qual escollo batido que el mar cerca
un corazon de madre no se expone?
Estrellas siempre injustas, una de estas
solamente es mi hija; pero me habla
à favor de las dos naturaleza,
piedad, amor, justicia, deber, sangre,
susto en el alma, horror que el brazo yela,
y noche tenebrosa en que fluctua
aun el sol à mis ojos! Justicieras
Deidades, qual de entrambas es mi hija?
¿Quien ha de demostrarme de qual deba
extinguir el aliento, y à qual de ambas
debo abrazar en duda tan estrecha?

Ala. A Gemira, y despues muera Orefisa.
Terminemos, Señora, la contienda:
pongase en libertad al dueño mio,
que no acostumbra esta invencible diestra
diferir del amago las heridas
tanto tiempo. *en accion de herir à Orefisa.*

Zoe. Cruel, qué haces? qué intentas?

Ne-

Nerostán, Amurates... Justo cielo!
Soldados asistid en tanta pena
à una doliente madre irresoluta,
ò acabad con la vida que me alienta,
si en vuestras almas no hai piedad q̃ espere

Ala. Baxad la voz ò esta infelice muere.

Zoe. ¡Ah! no, cruel; detente, y triunfe ahora
tu barbara impiedad de mi terneza.
Guardias, desenlazadla, pero viva
en obscura prision donde à mi recta
venganza se reserve.

Ala. Ola, soldados, *lo executan.*
executad lo mismo con presteza
de esta infeliz, y no haya entre vosotros
algun pecho inhumano que se atreva
contra la dulce vida de mi dueño,
aunque con orden tuya tal vez sea *à Zoe-*
ò verás conducir hasta estos muros, *ma.*
hasta el mismo dosél que tu amor ciega
por mi mano la llama vengadora,
y el rayo destructor. Verás disuelta
la ciudad en ruinas; desprenderse
precipitado Egipto. Africa llena
de terror, y el primero golpe horrible
del frenesi amoroso que repruebas,
è irritas, empezar dede tu pecho,
por que diga la fama de ti, muerta,
insepulta, esparcidas tus cenizas,
y entregadas al viento fragil prenda,
que Aladino, triunfante, ù oprimido
dió al Africa en tu estrago nueva Dido. *va.*

Ore. Una mirada, madre. *Los soldados las*

Gem. Madre mia, *llevan violentamente*
yo soy tu hija feliz.

Ore. Piedad.

Gem. Clemencia.

Las. 2. Adios.

Gem. Mas no; primero que me ausente
donde un rigor injusto me violenta,
permitidme qne bese la real mano
de mi querida madre: en vano piensas
resistir à este impulso, cruel madre,
y que vencerá amor en vano niegas.
Vé aqui una prenda digna que asegura
la besa la mano.
mi respeto filial, prenda sincera
de que en mi carcelage me oiran siempre
clamar que soy tu hija, y quando vea
vibrar el feroz yerro à tus Ministros
con la muerte en el rostro, ansiosa, llena
de intrepidez humilde, y ofreciendo
desnudo el cuello à la segur sangrienta,
siempre diré: yo muero injustamente,
injusto es el decreto de la Reina,
y ella es injusta en que mi mal le quadre,
pero cumplid su gusto, que es mi madre.

Zoe. Furias del negro Abismo, yo os cōvoco
à dividir mi corazon violentas
aun mas que le dividen mis estraños
afectos. ¿Son delirios de la idea?
¿Que hice? ¿Que debo hacer? Seré yo Madre
de alguna de las dos?

Sale Ner. ¿Es verdad, Reina,
quanto he visto al pasar por esas salas?

Zoe. Si, tu has visto à Gemira, tal vez, presa
en mi poder; pero esto no es bastante.
Junta las Reales Guardias con reserva,
y sin formar rumor, pues no hay que espere,
hazla al punto morir.

Ner. Voy...Mas no muere. *va, mui despacio.*

Zoe. ¡Ah! que muerte sentencio, que al mandarla
de horror toda mi sangre se congela!
¿Madre cruel, no encuentras en el rostro
de Gemira la imagen alhagueña
de tu amado consorte! ¡Ah! aquella frente
de la suya es diseño. Aquella tierna
voz, aquella voz dulce, demasiado
suave al corazon materno llega,
como echādome en rostro que à una hija
doy muerte. Nerostán, el paso enfrena,
vuelve...Yo no me entiēdo, y en tal duda
quiero, aborrezco, ignoro donde acuda.

Ner. ¿Qué me ordenas?

Zoe. Gemira es hija mia;
tu hermano me ha engañado, y esta ofēsa,
en su hija he de vengar: busca à Aladino,
que en su poder existe prisionera,
y quando dé la noche hora oportuna,
dala muerte.

Ner. Se hará. Son dos. Ninguna:: *vase.*

Amu. ¿Mas que culpa hai en la hija quando fuese
su padre un desleal que à mi me ofenda?
Misera hija infeliz, que lo eres mia,
pues no puede mentirme tu alma excelsa,
y el maternal cuidado qne exigiste
de mi...A! no, que Amurates no pudiera
el engaño forxar si él le ha previsto,

y me avisò de todo su advertencia
Luego he de aborrecerte, infiel Gemira
y el rencor que en mi pecho experimentas
le mereces mui bien. Numenes Santos,
no puedo infeliz madre... Ah! Lisongera
expresion! No soy madre, pues ignoro
de quien lo debo ser, y ansiosa, y ciega,
me horrorizo, me pasmo, lloro, y tiemblo,
amo, aborrezco, dudo, y en tal guerra,
qual hoja de los vientos combatida,
qual viento en mar, y escollo en la tormenta
fluctuante, y confusa en tanto extremo,
sin resolverme à nada en todo temo.

ACTO V.

Salon Regio iluminado, Aladino, y Dadian.

Alad. ¿Tan presto vuelves, Dadian,
y sin traer la menor mancha
de sangre, por quien yo vea
que hiciste tu deber? ¿Se halla
forzada ya la prision?
¿Se resistieron sus Guardias?
¿ Gemira es viva? Está libre?
Dad. Viva está; pero repara
donde llega la perfidia
que el ciego Amurates trama,
por que no quedase de ella
la mas remota esperanza.
Nuestros amigos se abrieron
à pocos golpes de espada
la senda de la prision.
El pie introduzco en su estancia
acompañando al acero
la tremula luz de un hacha.
En el centro cabernoso
imprimo apenas la planta,
quando veo una muger
yerta, casi despojada,
y el sanguinolento busto
sin cabeza. El susto, el ansia
me hizo dudar, y aun creer
si acaso fuese tu amada.
Arrojo la luz, aferro
del cuello à uno de sus Guardias,
y con la espada en el pecho
le obligué à que confesára
la verdad: este me dice
que no es Gemira la que hallan
cadaver mis ojos: si
una vil plebeya esclava
muerta miserablemente
de Amurates à la instancia,
para que nunca por ella
en Gemira se pensára;
y que la habia expedido
con una pequeña esquadra
baxo el orden de Giuriel
su anciano amigo à las playas
de Creta, con gran sigilo.
A noticia tan infausta,
Machmut se apresura al mar
con treinta desesperadas
almas atrevidas, donde
me lisongeo de que haya
alcanzadole; por que
veas, admires, y aplaudas,
que quantos amigos tuyos
son à nuestra semejanza,
prometen poco, y posponen
à las obras las palabras.
Ala. Todo es nada si à Gemira
de mi corazon separan.
Tiembla, porfido Amurates,
tiembla, que en vano te guardas.
En los brazos de la Reina
derramaré tu villana
sangre si al idolo mio
no recobro, y si la saña
de Machmut no la ha librado.
Dad. El llega. *sale Machmut.*
Alad. Amigo, que aguardas?
Y entre el regocijo, y la ira
tu rostro qué me presagia?
Mac. Salva es Gemira, Señor;
volé, conseguí alcanzarla;
lidié, y se hizo un fiero estrago
en su escolta temeraria.
Yo por mi mano abrí el pecho
al traidor Giuriel, que el alma
exâló por dos heridas;
y dexando asegurada
à Gemira en el castillo
à donde sabes que se halla
solo tu, he venido à darte
nueva tan propicia, y grata.
Alad. Vamos, amigos, à verla,
que à este objeto amor me llama:
mas no se pierda de vista
Oreñsa: nuestras armas

de-

defiendan todo el distrito
à donde vive arrestada,
en tanto que yo regreso.
Acaso entonces, si ampara
mi arrojo amor, si sois fieles
y yo no muero, de entrambas
se verá qual ha nacido
para la diadema sacra. *vase.*

Mac. Siguele, que yo me guio
à Orefisa, pues en nada
fio de Amurates. *vase.*

Dad. Todo
es mar, naufragio, y borrasca,
el puerto se vé distante,
y no habiendo otra esperanza,
navegue el que à él va, que es muerto
el que se queda, ò desmaya. *vase.*

Zoema, y Nerostán.

Zoe. Conque me aconsejas tu
en mi dudosa, y estraña
situacion, que desconfie
de todos?

Ner. De todos.

Zoe. Basta.
¿Mas crees tu que Amurates
engañe mi confianza?

Ner. Temo.

Zoe. No obstante es tu hermano.

Ner. Es hombre.

Zoe. Hablaste à la incauta
Gemira?

Ner. La hablé.

Zoe. ¿Y presumes
si es verdad quanto declara?

Ner. No sé.

Zoe. Encuentras tu que pueda
ser mi hija?

Ner. Es muger.

Zoe. ¿Reparas
señas de mi esposo en ella?

Ner. Me puedo engañar.

Zoe. ¿Y si habla
la verdad en quanto dice?

Ner. Sea verdad, ò falacia
debe exâminarse.

Zoe. ¿Y como
se deberá exâminarla?

Ner. Como te he dicho.

Zoe. ¡Oh Deidades!
¿Si acaso la oferta abraza,
y he de ver à una hija mia
en su tierna edad temprana
en los brazos de Amurates
tu hermano, cuya arrogancia
le hace insoportable, que
será de ella, y de mi?

Ner. Nada.

Zoe. ¿Y la promesa?

Ner. No creo
que la acepte.

Zoe. ¿Y porque causa
no ha de aceptar?

Ner. Yo lo sé.

Zoe. El viene.

Ner. Confia, y habla.

Amurates, y Orefisa.

Amur. Asi cumplo mis deberes.
Esta es tu hija. Mi espada
de las manos de Aladino
à viva fuerza la saca.
¿Y à quien no haria Amurates
frente, quando desembaina
el acero en tu favor?
Llega, tierna madre, abraza
la dulce hija, y despues suba
à la esfera soberana
del trono: Yo te la entrego,
y defenderé su causa.

Ore. ¡Ay Madre, quanto pavor,
quanto susto, quantas ansias
me cuesta el honor de ser
hija tuya! Mas ya el alma
no teme que se le usurpe
alguna astucia villana,
quando los cielos sostienen
mis derechos entre tantas
inquietudes, y à tus brazos
segunda vez me restauran.
Mas tú, oh Reina, no respendes;
no me miras, no me hablas,
antes inmoble, y confusa
otro alhago no preparas
à mi amor que el de un profundo
silencio con que me pasmas?
¿Qué cuidados te sorprehenden?
¿Qué buscas, ò que no hallas,
si viva, y en salvo puesta
vés à una hija que tanto amas,
y te cuesta tanto precio?

Zeo. Busco merced que equivalga

à tu gran libertador.
¡Quanto estar debo obligada
à la lealtad de Amurates!
¡Qué gloriosas esperanzas
concibe Africa en su aliento
si empieza à comunicarlas
asi! No hai en el Egipto
ribera que tenga à raya
los impetus de la mar,
como él tiene, oprime, y para
los furores de Aladino
con su espiritu, y su espada.
Basta su nombre à que tiemble
la frenetica arrogancia
de un loco amante, de un joven
poseido de su fama,
y de un sobrino soberbio
que maquína, y amenaza
precipitarme del trono
à favor de tumultuarias
tropas. Yo desciendo de él
mui gustosa, y resignada,
por que halle en él su castigo.
Ocupele quien le alcanza
por la lealtad, y el valor.
Conozca à una despreciada
muger à quien tanto debe
su perfidia temeraria.
No Reina ya; pero siemppe
madre, é igualmente exâcta
en el interes del Reino,
ved que castigo prepara
à sus indignas repulsas
mi rectitud soberana.
Reine Amurates, y case
con esta hija mia.
Amur. ¡Sacras
Deidades! ¿Con Orefisa?
Ah! que esta red, esta trama *aparte.*
no la habia yo previsto!
Prodigamente adelantas
tu favor. Excede en mucho
el galardon que me guardas
al merito de mis obras.
No diré que no hai un alma
en Amurates mui digna
de reinar; mas no se adapta
mi guerrera condicion
à las delicias templadas
de Venus, ni al tierno yugo
que impone una mano blanca.
No presumas que desdeñe
el favor con que me ensalzas,
mas con tal esposa, no uno,
mil Reinos te renunciara.
Ore. ¡Quanto debo à mi destino!
Quanto admiro, madre amada,
que en mi corazon penetre
él mismo mi repugnancia.
Amu. ¿Lo oyes, Señora? Imposible
seria en mi el agradarla,
ni quiera el cielo que admita
una Esposa involuntaria.
Ner. No hai medio, tu has de casarte
con ella,
Amu. ¿Y en esta instancia
porque te introduces tu?
Ner. Yo lo sé.
Amu. No sabes nada.
Ner. Bastante sé. Esta es tu hija,
si con ella no te casas.
Amu. ¿Es hija mia? ¿Qué dices?
Esta es la que tu me encargas
de tres lustros à esta parte
en las inocentes faxas,
y la eduqué al lado mio,
por cumplir lo que me mandas.
Ner. Casate con ella.
Amu. Puedo
hacerlo si à reusarla
no hubiese estimulos muchos.
Su caracter que se aparta
del mio, el genio, el amor
que à otra beldad me avasalla,
un sobrino, mis discursos
prudentes, la soberana
diadema, el mundo..(La voz *aparte.*
con la turbacion me falta.)
En fin, no la admitiria
si perdiera vida, y alma.
Zoe. Al mirar que la reusas,
y no encuentran tus palabras
mejores razones, léo
en esas voces truncadas,
y en ese turbado rostro
tu traicion. ¿Y como engañas
asi à una madre, perjuro?
Separad de mi esa incauta
hija inocente de un padre
traidor; pero mui infausta

para

para el materno amor mio,
y que venga sin tardanza
mi perseguida Gemira,
observando Aladino.
verdadera, y estimada
hija à estrecharse en mi pecho.
Ella confunda tu amarga
impostura. Ella sostenga
sus derechos à la sacra
corona, y disculpe quanto
mis furores me cegaban.
Sale Ala. ¿Quien nombra à Gemira, donde
lo escucha quien la idolatra?
Buscala en ti, cruel madre,
ò en Amurates, que acaba
de sepultar en la tumba
su torpe arcano, y su infamia
dandola muerte en secreto.
Zoe. ¿Gemira es muerta? Sagradas
Deidades, que es lo que escucho?
¿A este exceso te adelantas,
traidor? Guardias, un puñal
que su infiel corazon haga
pedazos. Vuelveme, injusto,
mi tierna hija, ò de esta sala,
Soldados, no salga el vil;
menos que muerto no salga
Ala. Este empeño, gran Señora,
le corresponde à mi espada.
Muere soberbio, ù aqui
toda la verdad declara,
y si era unica heredera
del trono mi desgraciada
Gemira.
Amu. No temo à nadie,
ni se miden mis palabras
al gusto de los demás:
sea viva, ò muerta tu amada
Gemira: sea heredera
legitima en quien recaiga
la corona del Egipto,
à mi no me importa nada.
Ella, vosotros, ni el mundo,
ni mi soberbia se allana
à satisfacer à nadie.
Quando se verificara
que fuese mi hija Orefisa
y hubiese por ensalzarla
engañado yo à una madre,
siempre quedan disculpadas
gloriosamente ambicion
de reinar, industria humana,
paterno amor, franco pecho,
que despreciando amenazas
agenas, bien castigado
queda en si al ver malogradas
è inutiles sus ideas;
pero nunca se humillára,
ni à delirar con vosotros,
ni à temer vuestras venganzas. *vase.*
Zoe. ¿Asi se vá ese traidor?
Ner. Vaya.
Zoe. No. Jamás se vaya
sin satisfacer su sangre
la que de mi hija derrama
y mis agravios: oh madre
infeliz, y desdichada!
¿Vive tu Gemira, ò muere?
Di, Aladino, como alcanzas
el lamentable suceso
que mi corazon traspasa?
Ala. Mirala, y escucha.
Zoe. Cielos!
Engaño feliz! Amada
hija, ven, llega à mis brazos,
y en mi corazon descansa.
Gemira, Dadián, y Machmut.
Gem. Madre mia, pues ya puedo
nombrarte asi, y yá te hallas
convencida de que el falso
Amurates te engañaba,
por este primer abrazo
filial, y por quanto me amas,
quede oy del engañador
la perfidia perdonada.
No entristezcan tan feliz
noche tus justas venganzas,
que demasiado nos pudo
costar lagrimas amargas;
y si en el termino de ella
no me apartó de estas playas,
ò tu dentro de mi obscura
prision no me crees infausta
victima, todo se debe
al amor, y vigilancia
de Aladino, y sus parciales.
Premiese tan digna hazaña.
Si me pretendes mirar
en el trono, y desposada,
cumple ahora tus promesas,

mas

mas si ya no te son gratas;
Aladino se remite,
yo me resigno humillada
à tu querer, y si amor
no satisface mis ansias,
el contacto de tus labios
à satisfacerme basta,
si la gloria de ser tu hija
dexa en mi rostro estampada.
Zoe. Recibele de mi amor:
la abraza, y besa.
y demasiado obligada
me recozco à Aladino
como à su buen padre, para
no premiar à dos, poniendo
solo à uno en la sublimada
esfera del trono al lado
tuyo: vuestras deseadas
bodas se celebren luego,
y en tanto la vigilancia
de Nerostán pacifique
en la plebe tumultuaria
los desordenes, y piense
en dar esposo à su incauta
sobrina por que no sufra
la pena que al padre infama,
y no tenga que imitarle
en su situacion infausta.
Ner. Ya lo he pensado.
Dad. Yo solo
merezco suerte tan alta.
Mach. ¿Tu solo? uno de los dos
lo creo sin repugnancia.
Orefi. ¿Que respondeis?
Ner. Lo sabrás.
Ore. ¿Qué fruto el silencio alcanza?
Ner. Con él lo he logrado todo.
Ala. Sin duda, y tan elevada
gloria no debe negarse.
Sus silenciosas palabras
consiguieron descubrir
el engaño que forxaba
mi desleal tio. Engaño
feliz, si despues de tantas
desdichas, tantos afanes,
estrecho à mi idolatrada
Gemira en mi corazon,
por premio de mi constancia,
y considerando ahora
la série de sus desgracias
quisiera trocarle un nuevo.
trono en que tambien reinára.
Zoe. Tu no le truecas, ni pierdes.
La cedes con mano franca
un cetro que no era tuyo,
y ella te le vuelve grata
por la mano del amor
y el Himeneo: tus ansias
pierden, si, una madre, pero
una dulce esposa ganan,
y yo restauro una hija
igualmente deseada
de nuestro amor, que en tres lustros
tantos sentimientos causa
à mi afecto maternal.
Tiernas Madres, cuyas almas
amorosas, en mi gozo
se encuentran interesadas;
disimulad mis transportes,
compadecedme engañada,
y si cumplí mis deberes,
consiga vuestra alabanza,
mientras imploro rendida
el perdon de nuestras faltas.

F I N.

Barcelona: En la Imprenta de Carlos Gibert y Tutó, Impreſor y Librero en la Libreteria, donde ſe hallará.